

FBI

***DONALD
CURTIS***

**ASESINO
DE CRISTAL**



ASESINO DE CRISTAL

DONALD CURTIS



EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17 Madrid-5. España

Título del original, en inglés: MURDERER OF GLASS

© Donald Curtis

Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S A

Amaro García, 17 Madrid-5. España

Número de Registro: 7.703-65

Depósito Legal: M. 14.576

Printed in Spain

RAFAEL, F. CARASA.

Impresor. José Bielsa, 6. MADRID 19

FBI



FR

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas nuestras colecciones:

Colección RURALES DE TEXAS:

- 27.—Rural de Texas.
- 44.—La marca de la sogá.
- 72.—El juez Lynch.
- 77.—Los vigilantes.

Colección F.B.I.:

- 769.—División de Narcóticos.
- 772.—La muerte al teléfono.
- 775.—Las cruces de fuego.
- 781.—El hombre de Tule.
- 786.—Los jóvenes furiosos.

Colección GANGSTERS:

- 171.—Ojos de hielo.
- 181.—Los rostros de Caín.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

- 112.— ¡Jet!
- 121.—Amazonas de Borneo.
- 125.—¡Resistencia!
- 129.—Ulises 42.
- 134.—Soldados azules.
- 138.—Águilas en las Ardenas.
- 141.—Atolón X.

Capítulo I

XKW TV., presenta su programa nocturno predilecto, «Crimen de 8 a 9.» la bra su televisor un minuto antes de las 8 P.M.I»

«'Máscara Púrpura' sigue su siniestra carrera de crímenes, frente a las fuerzas de la Ley.»

«¡Vea en el 'Canal XKW' el programa del escalofrío, el terror y el suspense! ¡Vea a 'Purple Mask', el fantasma alucinante, el criminal sin rostro, en el espacio más dramático de la televisión!»

Eran todos ellos «slogans» llamativos. La gente acude siempre a la llamada del miedo, a la cita con las emociones fuertes. Eran «slogans» muy conocidos de las publicaciones de TV o de las emisiones donde se anticipaban programas sucesivos por el «Canal 36», o «Canal XKW».

Y muy poca gente faltaba a ese encuentro con las fuertes sensaciones de aquella hora de intriga, misterio, sangre y violencia, con un policía heroico y tópico, frente a otro asesino tan tópico como el policía: «Purple Mask», el criminal de la faz cubierta por una máscara púrpura, las manos enguantadas de púrpura y las apariciones siempre insospechadas, por una ventana, una puerta o los pliegues siempre inquietantes de un cortinaje. La televisión en color, en su «Canal 36», ofrecía un programa atractivo para los amantes de emociones intensas. Y la gente respondía a ello, arracimándose ante los receptores de todo California, de toda la Costa del Oeste del país, para presenciar aquel programa emitido desde el soberbio, casi monolítico edificio de treinta y nueve pisos de San Francisco, con su primera emisora de TV del Pacífico.

Eso, lo sabían todos. Los «slogans» eran casi innecesarios. Perfectamente inútiles, en realidad, a la vista de los resultados de la programación. La firma patrocinadora, «AJAX PRODUCTS», se sentía feliz de ese éxito. Sus páginas publicitarias en las primeras revistas ilustradas del país, anunciaban invariablemente en su parte inferior:

«¡Usted tiene una cita! ¡Una cita semanal con el 'Crimen de 8 a 9', en el 'XKW', 'Canal 36'! Una cita con 'Ajax Meals' y sus maravillosos productos alimenticios.»

—Enhorabuena, Colby. Esto es un éxito. Un auténtico éxito... El programa se alarga el próximo año. Lo ha pedido la gente. Es un referéndum casi unánime...

David Colby se limitó a sonreír, agradeciendo toda esa serie de elogios y alabanzas, con simples inclinaciones de cabeza a su paso por las diversas secciones del Edificio XKW del centro de San Francisco.

Sí, él sabía bien que eso era lo que iba a ocurrir. No podía ser de otro modo. «Purple Mask» tenía que seguir adelante, triunfar en la pequeña pantalla. Era su personaje ideal. Su creación suprema como escritor. No era el héroe, sino más bien el antihéroe. En el fondo, mucha gente se situaba junto a «Máscara Púrpura», cuando cometía sus crímenes y los estúpidos policías trataban en vano de acosarle, de acorralarle, de aniquilar su maléfico poder asesino. Era la atracción inevitable de lo morboso, la simpatía innata hacia el delincuente situado por el autor en una engañosa inferioridad que casi le hace digno de compasión o de amistad. Un nuevo Fu-Manchu, un Fantomas, un Drácula o un doctor Frankenstein. La extraña, siniestra atracción del Mal, personificado en algo o alguien. David Colby no se sentía avergonzado por ello. No podía sentirse, con la limpia, abundante liquidación de cientos de dólares que su producto literario, bastante bien personificado en el «set» de TV por aquel mediocre actor que era Warren Connolly. Un hombre que, de no existir el literario criminal llevado de las páginas mecanografiadas de un guión hasta el vidrio fluorescente de la televisión, seguramente andaría por la ciudad sin trabajo, o enrolado en una mediocre compañía de provincias.

Aquella frase lo expresaba todo: «El programa se alarga un año más...»

Un año más «Ajax Products», con su industria de caldos, sopas, latas de conservas y dulces en polvo, era un gran patrocinador. Además, «Purple Mask» tenía fuerza. Mucha fuerza... Cada sábado, de ocho a nueve, la pantalla de color de la TV, emitía aquella hora de programa directo, realizado en los estudios, con la habilidad propia de un hombre como Derek Fowlder, perfecto creador de programas captados por las cámaras en el mismo «set» del rascacielos franciscano, planta once, que era donde se realizaban los programas escenificados.

David Colby se sentía feliz ese día, mientras desfilaba bajo los grandes fotogramas del programa predilecto del público, en escenas culminantes de algunos de los guiones emitidos ya el año anterior. Los «slogans» populares, llamativos, estridentes, también ondeaban por doquier, como una prueba de la vitalidad y eficacia de la emisora californiana del Canal 36.

Al final, entró en su despacho. Canturreaba una tonada de moda cuando se sentó, tras tirar el sombrero a la percha y dejar el sobretodo descuidadamente doblado sobre una silla.

Se inclinó. En su mesa había lo de siempre: cartas, cartas y cartas. Pilas de cartas dirigidas a David Colby, o bien al «creador de Purple Mask». Como siempre también, Colby pasó por alto casi todas las cartas,

en rápida ojeada, tras una breve atención a su remitente. Desconocidos todos. Televidentes; gente que veía semana tras semana a su terrible, cruel asesino, y la despiadada lucha de los policías por capturar al perverso héroe. En la mayor parte de los casos, la gente se inclinaba en el fondo por el asesino. Era la morbosa predilección por el culpable. Además, sabían que si alguna vez «Máscara Púrpura» era vencido, el programa tocaría a su fin.

David Colby se detuvo de pronto. Se quedó mirando a una de las cartas. Una, en especial.

Una carta asombrosa. Divertida también, no había duda. Su remitente tenía sentido del humor. No importaba que fuese un humor algo «negro», más bien siniestro. Pero esa nota humorística interesó al indiferente guionista de «Purple Mask».

Leyó, en el ángulo superior izquierdo del largo sobre. Un curioso sobre, de ligero tono violáceo, pero que, sin embargo, no parecía tener nada de femenino. Con un grueso rotulador azul, alguien había trazado:

REMITA: «PURPLE MASK». CALIFORNIA.

Era grotesco, pero tenía su punto divertido. Colby desechó las demás cartas. Se ocupó solamente de aquélla. Hasta el sobre tenía cierto matiz purpúreo, como una alusión. El sentido humorístico de su remitente se denunciaba también en eso.

Extrajo una hoja de grueso papel tela, también de color lila. La abrió. Leyó...

No. Aquello ya era distinto. No tenía sentido del humor.

El ceño de David Colby se arrugó. Una expresión de desagrado, de repugnancia, se extendió por su faz: No le gustaban los anónimos. No le gustaba la gente soez y malintencionada. No le gustaba nada de aquella carta.

Aun así, volvió a leerla, un poco asqueado pero consciente de que, como todo anónimo amenazador, podía revelar algo más que su simple sentido directo, rotundo, desabrido y cobarde.

A pesar de ello, nada nuevo le aportó. Apretó los labios con cierta ira. Se encaminó a la puerta, estrujando papel y sobre entre los dedos. Si alguien de la emisora había sido el bromista, quería saber quién. Algo le decía interiormente que la gente, los sencillos televidentes de cualquier rincón del mundo, no poseen la suficiente maldad y vileza para escribir algo así.

Abandonó el despacho. Se encaminó, vertiginosamente, sin responder siquiera a los saludos de algunos empleados de la XKW, a las oficinas del propio Werner Lukas, director general de programación de

la emisora.

Pidió permiso a una de sus secretarias. Ella anunció a Colby. No tuvo que esperar. Lukas le recibió inmediatamente.

—¿Y bien, amigo David? —preguntó cordialmente el hombre importante de la XKW, el coordinador de tanto esfuerzo, materializado en unas horas de esparcimiento y de satisfacción para los teleespectadores de una amplia zona del Pacífico—. ¿Qué le trae con esas prisas?

—Esto, señor Lukas —dijo Colby—. Y tiró la carta y el sobre encima de la mesa del director.

Warner Lukas tomó ambas cosas. Era hombre paciente, frío, metódico. Su cabeza canosa, maciza y llena de seguridad, como todo su cuerpo recio y nervudo, bien vestido por «Ambler's», de Sunset Bulevar, sastre predilecto de muchos artistas de Hollywood, inclinóse sobre el texto escrito en la hoja color lila.

Hubo un corto silencio. Luego, la mirada de Lukas se alzó, fijándose en su visitante. Sacudió la cabeza, con énfasis.

—Es asqueroso—dijo.

—Pienso lo mismo, señor—convino Colby, dominando su mal humor.

—De cualquier modo, no le aclarará mucho esa carta —sentenció Lukas—. ¿Quiere llamar a la Policía?

—Supongo que no vale la pena. Parece una travesura, una estupidez. Sólo que las estupideces de ese género me horrorizan. El que es capaz de escribir algo así..., es capaz de cualquier cosa. Siempre que quede impune y en el anónimo, como al poner esas palabras ahí, naturalmente...

—Naturalmente—Lukas suspiró, tabaleando sobre la gruesa hoja color lila—. Por desgracia, Colby, he visto muchas cosas así en mi vida. Y siempre me dieron la misma repugnancia que a usted. El anónimo es cobarde, vil... Pero, ¿por qué en este caso, el autor de esa carta ha firmado de semejante manera?

—No sé, señor Lukas—jadeó Colby, irritado. Recuperó su carta, con ira. La volvió a leer, en voz alta esta vez. Pero dejando a un lado las blasfemias, las frases nauseabundas, soeces, repulsivas, que llenaban las primeras líneas. Terminó con el desabrido texto—: «Y NO OLVIDES, COLBY, PUERCO LADRON DE IDEAS, QUE YO, TU PROPIA CREACION, YO MISMO TE MATARE, COMO HE MATADO A TANTOS OTROS EN LA PANTALLA... TU INCONDICIONAL Y PROPIO: MASCARA PURPURA...»

—Es absurdo, además—comentó Lukas gravemente, con un movimiento de cabeza—. La amenaza carece de sentido. ¿Quién va a aceptarla, firmándola su propia creación literaria, Colby?

—Es una forma como otra cualquiera de ocultar la identidad del

firmante—replicó David Colby—. A mí no es eso lo que me preocupa. Es la nota en sí. ¿Por qué tuvieron que escribir eso? ¿Qué hice yo a nadie, para ser amenazado de muerte, se escriba ello como se quiera?

—No se impresione, Colby. Es lo que han querido sin duda: inquietarle, ponerle nervioso. Primero, ese torrente de obscenidades, luego la amenaza, y la firma estúpida: «Máscara Púrpura». Todo cae por su base. Puede ser la obra de un loco, de un indecente..., o de un enemigo solapado. En cualquier forma, está hecho por un cobarde. Eso basta. Vuelva a su despacho y siga trabajando, Colby. Hoy viene el presidente de «Ajax Products», a firmar el convenio de emisión de la nueva serie de «Máscara Púrpura», durante un año más. Usted sabe que el nombre de su personaje lo registró «Ajax» como una exclusiva en TV, ¿verdad?

—Cierto—sonrió Colby, algo más calmado, a la mención de lo que había sido para él algo así como la fabulosa gallina de los huevos de oro—. Entonces, «Ajax» me pagó ciento cincuenta mil dólares, por aceptar la exclusiva y someterme a utilizar únicamente a «Máscara Púrpura» como un personaje de un espacio televisivo de «Ajax Products».

—La Emisora y la opinión pública han aceptado el programa como uno de los grandes triunfadores de la XKW y de muchas cadenas de televisión nacional. Pero ahora se impone lo inevitable: la firma de Barry J. Arnold, Presidente y principal accionista de «Ajax». Sin ello, el programa no podría seguir adelante, usted lo sabe.

—Bueno, es relativo—repuso Colby, con despreocupación—. Yo podría apelar contra una cosa así. «Máscara Púrpura» es un personaje «mío». Lo he creado yo.

—Sí, pero tendría que resignarse a publicarlo en «tiras» cómicas o en folletos de veinte centavos —rió Lukas—. En televisión, sólo «Ajax» puede presentar a su héroe asesino. Apelar contra un criterio opuesto de «Ajax», le supondría meses o años de pleitos, abogados, demandas y todo eso. Naturalmente, hablamos en teoría. Usted y yo sabemos que, por fortuna, todos están de acuerdo en que el terrible personaje siga adelante, como en su tiempo siguieron los grandes monstruos del cine mudo, pongamos por ejemplo. Le felicito por el éxito de su guión, Colby, y le insisto en que olvide esa basura. No merece la pena, créame...

—Sí, tal vez usted tenga razón...—masculló David, recogiendo su anónimo papel violáceo—. Gracias de todos modos, señor Lukas. Y disculpe la molestia. Pero este anónimo me descompuso...

—Le comprendo, Colby. De cualquier modo, olvídelo. No le de la menor importancia. No la tiene. «Máscara Púrpura» seguirá triunfando en la pequeña pantalla. Y usted seguirá en la cumbre del éxito...

Parecía algo tan obvio, tan fuera de toda duda, que Werner Lukas no podía pasar como profeta ante nadie. Sin embargo, la realidad, poco después, se cuidó de dar a los acontecimientos un giro total y

desconcertante.

La primera noticia llegó en forma de un breve mensaje, firmado por Barry J. Arnold. El texto era conciso, breve. Y demoledor:

«CONSEJO DIRECTIVO «AJAX PRODUCTS» RESUELVE
SUSPENDER MOMENTANEAMENTE EMISION «PURPLE
MASK» POR TELEVISION. SE RESERVA DERECHOS
LEGALES ADQUIRIDOS, PARA CONTINUAR EN OTRA
OCASION EL PROGRAMA PATROCINADO EN EXCLUSIVA.
SALUDOS:

BARRY J. ARNOLD. (AJAX PRODUCTS)»

Resultaba increíble. Pero cuantas llamadas telefónicas hizo la XKW a la factoría principal de «Ajax», dieron el mismo resultado. Una voz impersonal informó:

—Lo sentimos mucho. El señor Arnold y el vicepresidente de la Empresa están ausentes de Los Angeles. Sí, la Empresa confirma cada punto de la nota remitida...

Fue el primer elemento insospechado en el asunto.

El segundo fue el atentado criminal contra un miembro de la XKW: David Colby, guionista de la XKW y creador de «Purple Mask...»

Un atentado, cuyo objeto era asesinar a David Colby.

Capítulo II

DONDE está ahora Colby?

—Camino del hospital, en la ambulancia... —informó Mitzi Miller.

—¿Qué? —aulló Derek Fowler, pegando un violento respingo.

—Podría estar muerto. Tal vez lo esté más tarde, esta noche o mañana...—se encogió de hombros Mitzi, masticando goma rabiosamente—. Nunca se saben esas cosas. Los médicos no garantizan nada. Pero de momento, estaba vivo.

—¡Vivo! —Fowler levantó los brazos al cielo, como implorando algo poco concreto—. Pero..., pero ¿qué es lo que sucedió exactamente? Me hablaron abajo de un accidente...

—¿Accidente? —dudó Mitzi, cambiando la goma de mandíbula—. Cielos, nunca creí que una cosa así pudiera ser un..., un «accidente», señor Fowler.

—Acabemos. ¿Qué cosa, Mitzi? Me tiene usted sobre ascuas—se irritó el realizador de los mejores programas comerciales de la XKW, entre ellos, inevitablemente, el predilecto de todos, «Purple Mask», con su tremebunda carga de melodrama.

—Alguien le clavó a Colby un dardo en la nuca —explicó Mitzi, indiferente, seleccionando una nueva fotografía publicitaria de los programas habituales, para las revistas especializadas de Los Angeles—. Un dardo con un penacho púrpura...

—¡Un «penacho»! —silabeó Fowler, palideciendo—. ¿De..., de «plumas»?

—Sí, de plumas... —Mitzi Miller le contempló ahora, risueña. Se echó a reír. Su voluminoso busto se hincó bajo la blusa, si ello era posible sin que saltaran los botones de la misma—. Gracioso, ¿verdad? Algún tipo divertido jugó a «Máscara Púrpura» con su propio autor...

—No le veo la gracia.

—Cierto—suspiró Mitzi, meneando la cabeza, antes de volver a su tarea—. David Colby no murió... No, no tuvo demasiada gracia, señor Fowler...

—Oh, Mitzi, es usted terrible —se irritó el realizador—. Creo que aquí, todo el mundo es terrible, deshumanizado, monstruoso...

Se alejó exasperado. Una nueva risita de la joven empleada de la TV, le siguió, como una estela poco grata para el realizador más notable de

la empresa XKW de la ciudad californiana.

Mientras caminaba hacia otro punto de las amplias oficinas del edificio de la televisión, Fowlder parecía gruñir entre dientes, hablar consigo mismo, como escandalizándose de que una joven atractiva, exuberante y frívola, pudiera hallar motivo de gracia en la muerte violenta de un hombre, y de escasa diversión en el hecho de que ese mismo hombre hubiera salvado la vida, librándose de un golpe mortal en la nuca...

—Sí, Fowlder, en la nuca... En la nuca fue el impacto...

Era Warren Connolly quien hablaba ahora, tras abandonar el ensayo, en el «set» número once del guión número 176 del programa televisado en color, «Purple Mask», de la XKW, Canal 36. Warren Connolly, lamentablemente abatido, ajado y nada temible, aún con su disfraz de «Máscara Púrpura», y con el maniquí de un presunto ser humano, tendido tras un sofá, con abundante líquido rojo, imitando sangre.

—Pero..., ¿cómo pudo suceder? —insistió Fowlder en su, al parecer, pregunta predilecta—. ¿Un accidente?

Warren Connolly le miró con ironía desde las arrugas de su rostro de actor maduro y no demasiado personal. Por fortuna, aquel rostro estaba siempre oculto para las cámaras de TV y para sus espectadores hogareños. Él era, después de todo, el enigmático, el nunca desenmascarado «Purple Mask».

—¿Accidente? —el sarcasmo rebosaba en su voz—. A nadie se le clava un dardo de éstos por accidente, señor Fowlder...

Y con una brusquedad casi dramática, que hizo pegar un salto atrás al realizador, en su mano enguantada de púrpura emergió uno de aquellos dardos mortíferos que le habían hecho popular en la pequeña pantalla. Un dardo también púrpura, con aguda punta de acero y un penacho de plumas purpúreas.

Connolly agitó, sonriente, el arma arrojadiza, tal como a veces hacía en las escenas del «serial». Fowlder resopló, nervioso.

—¿Agresión? —indagó.

—Eso parece—suspiró Connolly.

—Pero..., ¿quién? ¿Por qué?

El actor se encogió de hombros. Era obvio que no tenía la menor idea. Hizo un ademán, y tiró el dardo. Se hincó en una panoplia del decorado. Quedóse vibrando el penacho púrpura. Fowlder lo contempló, con un estremecimiento.

—Pudieron haberle matado—susurró.

—Muy cierto. Ese arma, clavada en un punto vital, termina con una vida humana fácilmente.

—¿Dónde sucedió? ¿En el Estudio?

—Creo que Colby había ido al Departamento de Material, para elegir

algo para el último guión de la serie...—hizo un gesto de amargura. Su boca se curvó, dándole aspecto de más viejo todavía, al actor a quien la gente jamás veía el rostro—. Si se descuida, también es el último guión de su vida... Dicen que oyeron un grito agudo, un cuerpo que caía pesadamente, derribando objetos del almacén. Al acudir, hallaron a Colby inconsciente, con el dardo hincado en la nuca, y un hilo de sangre corriendo por su cuello. Pensaron que estaba muerto, hasta que se quedó ligeramente, y entonces Robert Webb juzgó que había que apresurarse y llevarle rápidamente al hospital.

—¿Webb? —arrugó el ceño Fowler—. ¿Qué hacía Webb en Material? Tenía que estar diseñando el «set» para la nueva serie de «Mister Misterio»

—Pregúnteselo a él —rezongó Connolly, recogiendo la máscara de goma púrpura de su siniestro personaje, e iniciando la retirada del «set»—. Yo voy a estudiar mi parte, señor Fowler. Supongo que el hecho de que a mi creador le hayan dado un mal golpe, no va a suspender los ensayos del último guión...

—Supone bien —suspiró Fowler, con aire cansado—. Vamos a terminar con «Purple Mask» dignamente, Connolly. A ver si los de «Ajax» se vuelven atrás...

Warren soltó una risita aguda entre sus labios distendidos, camino ya de la salida del amplio decorado montado en el Estudio Cuatro de la TV, para la famosa serie a punto de terminar.

Fowler le miró pensativo, mientras el actor se alejaba. Luego, se volvió, y su gesto animóse un tanto al encontrarse con la melena rubia, las formas espléndidas y la escasa ropa de Sigrid Hasse, la joven nórdica, protagonista del «serial». La joven estaba abotonando una falda a su cintura, sobre los muslos firmísimos, tras una de las escenas «sexy» que tanto prodigaba Colby en sus guiones de «Purple Mask». Se vestía despreocupadamente, encima de su breve corpiño de encajes y su «slip» reducido. Sigrid tenía un cuerpo de Walkiria, y le gustaba exhibirlo. A la gente, también debía de gustarle verlo, y esa era otra baza importante para el programa «Crimen de 8 a 9». Claro que eso lo hacía especialmente idóneo para adultos.

—¿Oíste eso, Sigrid? —habló Fowler, malhumorado—. Las cosas siempre se ponen peor cuando empiezan a ir mal. Se acaba el programa..., y alguien le clava un dardo a Colby. No puedo creer que sea otra cosa que un accidente, por raro que parezca. ¿Quién clavaría un dardo a otra persona, sabiendo que es un arma mortífera?

—Alguien que quiera cometer un asesinato, Derek —rió la danesa actriz, apelando ahora a su ceñida blusa para cubrir el torso, digno de Anita Ekberg o de Jayne Mansfield.

Fowler puso un gesto poco agradable. Meneó la cabeza.

—Asesinato... No, no, es fantástico. ¿Por qué querrían matar a Colby? ¿Y quién?

—En esta Emisora, Derek, infinidad de gente sería capaz de mucho más, con tal de seguir teniendo un trabajo seguro —comentó ella, burlona, mirándole con sus enormes ojos verdes—. ¿No está de acuerdo conmigo, Derek?

—¿Trabajo? —enarcó las cejas el realizador—. ¿Qué tiene eso que ver con el caso?

—Tiene que ver, y mucho... —suspiró Sigrid, empezando a abotonar la blusa de seda roja sobre sus opulencias—. Este suceso podría dar bastante publicidad al programa, ¿no? Ya me imagino los titulares, Derek: «¿HA TOMADO FORMA HUMANA «PURPLE MASK», PARA MATAR A SU PROPIO CREADOR?» Fantástico y sensacional, ¿verdad?

—¡Cielos! —jadeó Fowlder asustado—. No publicará nadie una cosa así, Sigrid...

Capítulo III

DEREK Fowler era un buen realizador de seriales de televisión, pero tenía pocas facultades como profeta.

Se publicó algo así, tal como dijera Sigrid. Y a toda plana, en algunos diarios sensacionalistas de Los Angeles:

«UN DARDO ASESINO EN LA EMISORA XKW. EL ARMA DE «MASCARA PURPURA», A PUNTO DE TERMINAR CON LA VIDA DE SU CREADOR, DAVID COLBY.»

«¿ACCIDENTE, ASESINATO... O UN GRAN TRUCO PUBLICITARIO DE LA TV?»

—¡Es asqueroso! —farfulló con irritación Barry J. Arnold, tirando los diarios a un lado.

Se le quedaron mirando sus compañeros de Junta. Sobre ellos, brillantes carteles y «slogans» de «AJAX PRODUCTS». En torno, muestras de sus productos alimenticios. En la presidencia de la larga mesa, Barry J. Arnold, director-propietario de la entidad comercial.

—¿A qué se refiere, Arnold? —se interesó un accionista de «Ajax».

—A esa bazofia. Da náuseas. La gente de la televisión es algo así como una categoría infrahumana. Son capaces de todo.

—¿Cree que han ideado ese golpe de publicidad? —indagó otro.

—No lo creo. Estoy convencido, caballeros.

—Pero dicen que ese guionista, Colby, está malherido de verdad...

—Tonterías. De cualquier modo, podría estar muerto, y ellos se quedarían tan tranquilos. La publicidad entonces, sería mayor.

—Publicidad... ¿Y para qué? —arguyó el accionista que hablara primero, golpeándose el mentón con el extremo de su lápiz—. ¿No ha quedado anulado el espacio «Crimen de 8 a 9», de «Ajax Products»? Tenemos la exclusiva. No pueden seguir sin nuestro patrocinio...

—Yo entiendo bien a esa gentuza del cine y la televisión, amigos míos —suspiró Barry J. Arnold con malhumor—. Han planeado algo genial. La gente se conmoverá con esa campaña. Pedirán que «Purple Mask» vuelva. Nosotros reconsideraremos el asunto. Y optaremos por continuar la serie. Es su juego.

—¿Y..., no será así? —demandó otro—. ¿No sería comercial y productivo seguir adelante con «Máscara Púrpura», Arnold?

—No —cortó él, tajante—. No seguiremos con eso. Está decidido.

—Puede ser un grave error. «Ajax» podría iniciar una segunda etapa, y con esa publicidad, por sórdida y de mal gusto que resulte...

—¡No!

Los accionistas se miraron entre sí, perplejos. Era evidente que no compartían con ningún entusiasmo la decisión unilateral de su Presidente. Alguien apeló aún:

—Arnold, ¿por qué no discutimos la cuestión, se somete a votación y...?

La voz de Barry J. Arnold, Presidente del Consejo Directivo de «Ajax Products», sonó ahora como un trallazo:

—Caballeros, creo recordarles que ya se votó esa cuestión, y se decidió suspender el programa. Las circunstancias no han cambiado. Al menos, para mí. Tengo el privilegio, como bien saben ustedes, de tomar decisiones importantes de forma absolutamente personal, al menos una vez al año. Bien; rara vez usé de ese privilegio. Ahora, lo hago. «Ajax Products» no volverá a poner en la pantalla de televisión ese programa. Está decidido. Puede terminar la sesión.

Alguien, en voz baja, comentó, hablando con otro:

—Me gustaría saber qué ocurre aquí..., y qué motivo real existe para que Barry J. Arnold no quiera mantener ese programa...

* * *

—Sí, Barry. Me gustaría saber por qué no quieres seguir adelante con «Purple Mask». ¿No vas a decírmelo tampoco a mí?

Hubo un silencio. Arnold miró fríamente a la persona que le hacía la pregunta.

—¿Es necesario, Lynn? —masculló con dureza.

Lynn Abner apretó los labios. Sus ojos pardos centellearon. Se apartó de la frente un mechón de cabellos rojizos, y estudió al importante financiero con cierto aire de enfado.

—Barry, creo haberte dicho muchas veces que imaginas cosas —se excitó ella—. No hay absolutamente nada entre ese hombre y yo...

—Dejemos la cuestión —atajó Arnold, con aspereza.

—¡No! No la dejaremos, Barry, hasta dejar las cosas bien claras y en su sitio —Lynn Abner se incorporó del diván donde reposaba. Lucía pantalones de espuma, ceñidos, de color rojo. Sus piernas resultaban maravillosas. Encima, una bata amplia, también roja, formaba juego. No parecía la indumentaria apropiada para una secretaria. Sin embargo, oficialmente, Lynn Abner era la secretaria de Barry J. Arnold. Y aquel

suntuoso apartamento, propio de una luminaria de Hollywood o de la esposa de un magnate, era el suyo—. Escucha esto: si te he acompañado siempre que fuiste a la Emisora de televisión, fue porque tú lo pedías, y porque como secretaria tuya debía ir a tu lado, en cualquier tarea comercial de tu Empresa. Otra cosa hubiera resultado sospechosa para tu esposa, hijos, e incluso para el personal de tu industria. Pero de eso a que yo aprovechara mis visitas a la Emisora para tener algún flirteo con ese Colby, hay un abismo. Le conocí como guionista de la serie, y a veces me expuso ideas y sugerencias para el programa, sólo porque soy tu secretaria, y yo debía comunicártelo a ti. ¿Está entendido, Barry?

—No. No lo entiendo yo así —silabeó el millonario, furioso. La aferró por una muñeca, y tiró de ella hacia sí, zarandeando a la hermosa pelirroja que representaba ante el mundo el papel de la secretaria ideal—. Un día, Colby tenía sus manos en las tuyas... Otro día, le vi mirándote, comiéndote con los ojos.

—Bien, no es culpa mía que mi cuerpo valga algo—se enfureció Lynn, adelantando en prueba de ello su tórax magnífico—. Ni tampoco de él, que mire a una mujer joven y atractiva, ¿no es cierto?

—¡Alguien escribió después aquel anónimo! ¿Recuerdas? —aulló Arnold, enrojeciendo, perdiendo su compostura—. ¡Decían que tú y Colby os veáis en los rincones del Estudio y os besabais! ¡Incluso decían que, a veces, os citabais fuera del edificio de la Emisora!

—Barry, ¿cómo puedes ser tan mezquino que des importancia a un anónimo? —irguióse ella, soltando la presión de la mano férrea de Arnold—. Sólo los cobardes y los seres más bajos pierden su tiempo en escribir cosas así. Mintieron, y tú lo sabes.

—¡No lo sé!

—Ah..., ¿esa es tu confianza en mí? —los ojos de la joven relampaguearon.

—Perdona... —inclinó la cabeza Arnold. Pasó la mano por la frente sudorosa. En los dedos del millonario centelleaban los diamantes de un grueso anillo de platino—. Creo que todo esto me ha ofuscado bastante. Pero no puedo remediarlo, Lynn. Te amo, te deseo para mí sólo, y tengo celos de todo el mundo... No, no seguirá ese programa, pase lo que pase. David Colby no seguirá comiendo de mí, te lo aseguro.

—¿Tanto le odias?

—Mi mayor placer hubiera sido saber que ese dardo le había matado.

—¡Barry! —le miró con horror ella, dando un paso atrás—. Barry, me das miedo... Serías capaz, incluso, de contratar a alguien, de pagar a un pistolero, para atacar a Colby, o a cualquiera de quien tú sospecharas que sentía algo hacia mí o, simplemente, me miraba con deseo...

—Sí, Lynn —la rodeó con sus brazos ávidos, estremecidos. La atrajo

hacia sí, besó su boca, y no pudo ver el gesto de indiferencia, de hastío, en el bello rostro de la joven—. Por ti haría cualquier cosa... Y te aseguro que nadie de esa Emisora o de ninguna otra del país merece un trato mejor. A fin de cuentas, también ellos harían cualquier cosa por vivir del espectáculo mediocre que sirven en la pantalla. Cualquier cosa. Y si no, querida, profundiza un poco en la XKW o en cualquier otra emisora de televisión del país, y descubrirás que la «Maffia», los Sindicatos de «gangsters» y toda esa gentuza controlan la mayor parte de los empleos, cargos, departamentos y sistema laboral. Es repugnante, Lynn querida... Te aseguro que no me da ningún remordí— miento dejar de nutrir a esas bestezuelas de la TV. Que se pudran, dejándose explotar por los hampones..., y que no pongan sus ojos inmundos en ti, muñeca mía...

CAPÍTULO IV

LA «Mafia» ha dicho.

Sí. O una de sus ramificaciones. No es ningún mito. El Sindicato, del Crimen existe desde hace muchos años. Y ha continuado medrando, a base del miedo, de la cobardía ajena. Nuestra sociedad está atemorizada o mediatizada. Hoy en día los muelles, los Sindicatos laborales, las industrias más prósperas de nuestro país, están controladas por los grandes «gangsters» de otras épocas...

—No puedo creerlo.

—Recuerde el caso de la Asociación Norteamericana de Cameramen de Cinematografía. Todos pagaban a la «Mafia» hasta un cuarenta por ciento de sus honorarios, si querían trabajar¹. Y lo mismo los decoradores, iluminadores..., e incluso actores y figurantes. Es vergonzoso.

Werner Lukas pareció meditar sobre lo que acababa de decirle su visitante. Luego, golpeó suavemente sobre la mesa, e indagó con voz serena:

—¿Tiene pruebas de la infiltración de la «Mafia» en mi Emisora?

Asintió su interlocutor con tono grave:

—Las tendré en breve. Estoy a punto de obtenerlas.

—Bien. ¿Y el enlace, el representante del «gangsterismo» laboral dentro del edificio...?

—Junto con las pruebas, obtendré su identidad. Podrá ser expulsado y acusado, señor Lukas. Acaso ese sea el principio de una limpieza a fondo en el mundo profesional de la televisión, como se ha iniciado ya en el ramo de los tejidos, las confecciones, el teatro, la cinematografía,

los muelles, los transportes, los alimentos envasados, y tantas y tantas actividades nacionales, tantas industrias, negocios y empleos, donde los mediadores y recaudadores del Sindicato mafioso cobran sus enormes beneficios, o actúan con violencia cuando el interesado se niega a pagar lo requerido.

—Me gustaría poder ayudarle —Werner Lukas mostró las palmas de sus anchas, macizas manos, en un gesto elocuente—. Pero créame: no podría hacer nada en ese sentido. Sólo esperar a que, con las pruebas en la mano, usted me ofrezca la oportunidad de sanear mi propio negocio. Hasta ahora, no tenía idea de que se hubiera infiltrado aquí la plaga.

—Está en todas partes —dijo tristemente su visitante—. Se horrorizaría si supiese que desde un supermercado cualquiera, hasta una gran industria de automóviles o de bebidas gaseosas, la «Mafia» se ha filtrado por doquier, y controla el mercado nacional a su antojo, obteniendo miles de millones de dólares en concepto de cuotas ilegales y clandestinas, que nadie se niega a pagar, por miedo a quedar sin trabajo..., o sin vida.

—¿Nadie se enfrenta a la «Mafia» abiertamente?

—Muy pocos —suspiró el interlocutor de Lukas—. Y de ellos, raro es el caso del que conserva aún la vida...

—Es monstruoso.

—Monstruoso, sí. Mientras la conciencia nacional no despierte en bloque ante esa vergonzosa coacción, poco podremos hacer nosotros, los miembros federales..., salvo luchar y luchar, con muy pocas esperanzas de lograr algo positivo.

—¿Cree que alguien en mi Emisora se habrá negado a... a pagar su cuota?

El agente del F.B.I. se encogió de hombros. Arrugó el ceño, adivinando lo que pensaba el director-propietario de la XKW.

—¿David Colby? —sugirió.

—Es sólo una idea...—repuso Lukas.

—No lo sé. Podría ser. Esos son sus métodos...

—Pero aquél anónimo de que le hablé, el que me mostró Colby poco antes del atentado...

—No creo que ese anónimo fuese de la «Mafia», desde luego. Pero podría ser que el ataque tampoco tenga nada que ver con el anónimo..., y sí con el Sindicato. Interrogaré a Colby sobre eso, en el hospital, en cuanto se recupere un poco.

—Una pregunta aún.

—Diga, señor Lukas.

—Acerca de..., de ese enlace secreto del Sindicato, dentro de mi emisora..., ¿tiene usted ya alguna idea, alguna sospecha definida...?

Afirmó despacio el federal.

—Tengo una sospecha, sí. Pero quiero probarla. Déjeme que siga fingiéndome actor. Deje que continúe con mi papel. Sólo espero a que el recaudador de la Mafia venga a mí. Ya recibí el aviso pertinente, y debo pagar. Vea esto, señor Lukas...

El agente federal extrajo algo del bolsillo. Lo arrojó sobre la mesa de Lukas. Este lo tomó.

Era una cartulina, una tarjeta bastante amplia, de color ocre. En ella habían escrito con lápiz rojo:

«SI QUIERE TRABAJO SEGURO, PAGUE. YA LE COBRAREMOS. NO PAGUE, Y ESTARA SIN EMPLEO. LLEVE ESTA TARJETA A LA POLICIA, Y SERA HOMBRE MUERTO.»

Firmaba una mano negra, estampillada. Uno de los símbolos habituales de la Mafia norteamericana. Nadie hubiera desafiado un mensaje así. Nadie lo desobedecía en parte alguna del país.

Ese era el mayor obstáculo con el que luchaba el F.B.I, en cualquier ámbito social, profesional o económico de la nación. Y sigue siéndolo, pese a todas las recomendaciones por una mayor eficacia en la lucha del hombre honrado contra el abuso criminal en las actividades laborales.

Werner Lukas no hizo comentario alguno. Su visitante abandonó el despacho de la emisora, expresándose en la puerta con la timidez y servilismo propios del que ha ido a pedir algún favor a sus superiores.

Fuera de la oficina, el agente federal volvía a su papel de actor de la televisión. Un papel del que le quedaba ya poco por representar. Al día siguiente, tras la nómina de la emisora, el recaudador secreto del Sindicato baría acto de presencia ante él...

* * *

Connie Adams era bastante popular en Los Angeles.

Especialmente, entre aquellos a quienes gustaban los chismorreos y las indiscreciones periodísticas en torno a los ídolos de la televisión. Resultaba raro que alguno de ellos no hubiera leído su columna habitual en un diario, y su sección semanal en las publicaciones ilustradas. Siempre bajo un mismo título:

«DETRAS DE LAS CAMARAS. EL MUNDO INTIMO DE LA TV. ESCRIBE: CONNIE ADAMS.»

Por contra a lo que muchos imaginaban, Connie no era una Louella

Parsons o una Hedda Hopper, por fortuna para ella².

Connie era joven, esbelta, muy agraciada y con el hígado en perfectas condiciones, lo cual quitaba acritud y veneno a sus comentarios, incluso los mal intencionados, que siempre se quedaban en un irónico, malicioso término medio, que a nadie molestaba realmente a fondo, o zahería en forma sangrienta.

Su cabello rubio ceniza, su figura jovial, vestida con sencilla elegancia, y el chispeo burlón de sus ojos ambarinos, eran conocidos sobradamente en los estudios de las más importantes emisoras de TV en la Costa del Pacífico.

Aquel día, Connie Adams había considerado de interés hacer una especie de «tiroteo» de preguntas a los personajes más conocidos de la serie «Purple Mask», a punto de terminar. Aquella noche, el último programa saldría en el vidrio de las pantallas fluorescentes, como una despedida.

—Señor Connolly —preguntó Connie, tomando rápidas notas taquigráficas en su bloc—, ¿qué se siente al decir adiós a un papel como el suyo?

—Artísticamente, no mucho dolor, porque actúo siempre sin mi rostro auténtico, y eso no gusta al actor. Pero creo que, en el fondo, echaré mucho de menos a «Máscara Púrpura»...

—Señor Fowlder, ¿va a realizar otra serie de televisión para suplir a ésta?

—Sí. «Mister Mistery». Será un éxito.

—¿Tanto como «Purple Mask»?

—Lo dudo...

—Señorita Hasse: ¿cree que la gente prefería de «Purple Mask» las escenas sangrientas y terroríficas... o sus exhibiciones físicas? —sonrió Connie, risueña.

—Ambas cosas—Sigrid irguió su exuberante figura de nórdica ninfa—. A la gente le gusta temblar de miedo... y también de gozo. Creo que lo logramos en ese programa.

—Señor Fraser, Steve Fraser: usted es el actor más reciente en la serie. Interpreta a un policía obstinado en cazar a «Purple Mask». ¿Lo logra en este último episodio?

—Sí —sonrió Fraser—. Lo logro. Y cuando voy a quitarle la máscara... surge la palabra fin, y un rótulo sugiere al telespectador que, tal vez, algún día vuelva «Máscara Púrpura»...

—Finalmente, señor Connolly, otra vez usted, en ausencia de otro héroe del programa, David Colby, ¿qué cree que sentirá el guionista al dar por terminada su obra y personaje, tras tanto tiempo de contacto mutuo?

—Supongo que, como un personaje de Pirandello, si «Purple Mask»

tomara vida propia, David Colby se sentiría feliz de su creación —rió Connolly, con sarcasmo—. Aunque no se puede afirmar que eso no haya ocurrido ya, en cierto modo...

—¿Cómo? ¿Se refiere al atentado misterioso que sufrió el señor Colby? —pestañeó Connie Adams—. Todos afirmaban que fue un truco publicitario estupendo...

—Se engañan. Mienten, señorita Adams —cortó, glacial, Derek Fowler—. Es falso que nosotros hayamos planeado nada así.

—Pero el propio señor Colby pudo haberlo hecho —repuso inesperadamente Sigrid Hasse, cruzándose indolentemente de piernas.

Connie la estudió de soslayo, anotando rápida en el bloc. La voz airada de Robert Webb, técnico de «atrezo» y material del programa, sonó en el recinto de ensayos donde Connie realizaba su entrevista colectiva:

—Sigrid, eres peor que una víbora. Yo era el único que estaba en el Departamento de Material cuando Colby cayó con el dardo clavado. Oí el golpe, acudí a auxiliarle, y puedo asegurarte que, cuando estaba cerca de él, alguien cerró la puerta metálica del corredor de atrás y se alejaron unos pasos. Es evidente que Colby fue atacado. No hubo trucos.

—¿Por qué no refirió eso anteriormente, Webb? —se sorprendió Fowler, incorporándose de su silla.

—No lo creí prudente —se encogió de hombros el técnico—. Ya era bastante trastorno lo ocurrido, para encima alarmar a la gente con esas cosas. Lo que no puedo soportar, es que acusen a Colby de una cosa así. Él no se hubiera herido a sí mismo, clavándose un dardo en la nuca. Es absurdo.

—Eh, Webb, no sabía que fueses tan ardiente defensor de Colby —habló Sigrid con altivez. Le miró, malévola—: ¿Es que te paga bien, para que le sirvas como un perro fiel... o le tienes miedo por algo?

—Mala pécora, alguna vez te retorceré el cuello con mis manos —hizo un gesto inquietante, amenazador, con sus fuertes manos velludas. La miró, agresivo—. Eres incapaz de pensar nada limpio de los demás, porque tú misma estás sucia por dentro...

—¡Basta! —atajó Fowler, malhumorado. Se encaró con Webb—. No ofenda más a la señorita Has— se, o pediré al señor Lukas que le expulse de la emisora.

—Muy bien —le miró con acritud el técnico—. Inténtelo. Veremos quién sale antes de aquí, señor Fowler... Me dan asco todos ustedes. Créame, señorita Adams, usted, aunque es periodista, parece bastante decente. No venga mucho por aquí, o la contaminarán. ¿No se ha dado cuenta de que ese cerdo de Fowler defiende a la rubia belleza de su serial porque está deseando hacerla su amante..., si no lo es ya?

—¡Webb! —rugió Fowler, lanzándose como una flecha sobre el

técnico—. ¡Le voy a...!

—Ya basta —se cruzó a tiempo Steve Fraser, el segundo actor de la serie, sujetando muy oportunamente al realizador—. Creo que si la señorita Adams quiere dar una visión fidedigna del mundo de la TV a sus lectores, va a sobrarle material para ofrecer un reportaje demasiado descarnado... ¿Por qué no terminan sus ridículas rencillas?

—Eso es cierto —convino apaciblemente Warren Connolly—. Cualquiera que les viese, pensaría que son una especie de jauría, dispuesta a destrozarse a dentelladas entre sí.

—Mi querido Warren, yo diría que parecemos algo mucho peor aún —suspiró con malignidad Sigrid Hasse—. No me sorprendería que, realmente, uno de nosotros fuera capaz de asesinar por la espalda a Colby o a otro cualquiera... Tal vez la siniestra personalidad de «Máscara Púrpura» haya influido demasiado en nuestros sentimientos.

Robert Webb se marchaba ya, irritado. Fowlder volvía a su asiento, ayudado por Steve Fraser, y Connie escribía con rapidez signos taquigráficos en su bloc.

—Tonterías, Sigrid —argumentó serenamente la voz de Fraser, tras calmar a Fowlder—. «Máscara Púrpura» es sólo un personaje de ficción. Un ser de papel, un muñeco de la pantalla de vidrio de un televisor. Nada más. No influye en nada ni en nadie. No tiene otra trascendencia real que la de hacer pasar un rato de emoción a las personas ingenuas. Ahí termina «Máscara Púrpura». Esto, utilizando el símil que antes citó el amigo Connolly, no es una obra pirandelliana³...

—No esté tan seguro, amigo mío...—rió entre dientes Connolly—. No esté tan seguro... ¿Sabe qué me dijo Colby, antes de sufrir el accidente o... lo que fuese?

—No. ¿Qué? —enarcó las cejas Steve Fraser.

—Que «Máscara Púrpura» le había escrito... amenazándole de muerte.

Hubo un silencio de estupor en el estudio. Connie Adams alzó la punta del lápiz, mirando sorprendida a Connolly, antes de hacer un nuevo trazo taquigráfico. Sigrid se echó a reír agriamente, con desenfado.

—David Colby es muy imaginativo...—comentó—. Y muy listo. ¿Se dan cuenta? Preparó el terreno para su truco de magia.

—Nuestro presidente, el señor Lukas, vio el escrito, Sigrid. Colby se lo mostró.

—Un pasaje más de su guión, trasladado a la vida real. Sin duda, él mismo lo escribió para crear el ambiente... Iba a darle nueva publicidad a su héroe. Luego, llegó la suspensión del programa. Y Colby apeló al recurso heroico de herirse a sí mismo, para ver si «Ajax» volvía atrás de su decisión...

—En realidad, eso tiene más sentido que imaginar a «Máscara Púrpura» saliendo de la pantalla para andar cometiendo delitos por el mundo —sonrió Connie, pensativa.

—Sí, bastante más... —convino Steve Fraser, también con expresión reflexiva.

La entrevista había terminado. Connie se levantó, dándoles las gracias a todos y pidiendo disculpas por haber creado involuntariamente alguna fricción entre ellos. Los personajes del reportaje se dispersaron por los amplios «sets» donde se levantaban diversos decorados para los programas televisados de forma directa, o bien los grabados en videotape para posteriores emisiones.

Connie se quedó sola, terminando de tomar apuntes en su bloc. Luego guardó éste en el bolso de cuero rojo que colgaba de su brazo. Se encaminó a la salida, por entre el dédalo de decorados, muebles y elementos heterogéneos de la extraña jungla de ficción que son unos estudios.

—No se vaya aún, señorita Adams...

Sobresaltada, se detuvo la joven periodista. Miró ante sí, en la repentina soledad de las escenografías diversas. Tontamente, el recuerdo de lo dialogado, aquella fantástica idea de «Purple Mask» con dimensión humana y vida propia, tomó forma en su mente, acaso por un instintivo sentimiento de pánico.

Se dominó, al reconocer a quien la interpelaba. Había aparecido entre el mobiliario acumulado ante un decorado de programa de concurso, y no tenía la menor semejanza con el siniestro enmascarado púrpura de los guiones de terror.

Era Robert Webb, el fornido y joven técnico de «atrezzo» de la emisora, con su uniforme azul celeste. Parecía algo cohibido por dirigirse a ella.

—¿Sí, señor Webb? —se interesó Connie.

—No haga caso a toda esa gentuza, señorita Adams —habló Webb lentamente—. No tienen nada limpio en sus mentes ni en sus corazones. Se odian entre sí y se despedazarían por el sueldo de una sesión.

—Usted no simpatiza mucho con ellos, ¿verdad?

—No. Ni ellos conmigo. El señor Colby tiene también sus defectos; a fin de cuentas, pertenece a este feo mundillo. Pero es mejor que todos los demás.

—¿Son muy amigos usted y él?

—No, no mucho. Simplemente, le estoy agradecido. El me colocó aquí, hablando al señor Lukas por mí. Yo trabajaba en Hollywood, en el «atrezzo» de los estudios «Continental».

—¿La «Continental Pictures»? —pestañeó Connie.

—Sí, eso es.

—¿Por qué dejó aquello por esto? La «Continental» está a nivel de la «Metro», la «Fox» o la «Paramount»...

—No lo dejé. Me echaron. Me hubiera muerto de hambre, a no ser por Colby.

—Entiendo —suspiró Connie, afirmando—. Es lógico que le esté agradecido, Webb.

—No la llamé sólo por eso. Sé que tiene trabajo y la estoy entreteniendo. Mi historia no tiene nada de noticia para su público. Iba a otra cosa, señorita Adams.

—¿Otra cosa? —ella enarcó las cejas, intuyendo algo más. Algo acaso importante, a juzgar por el tono del técnico. Webb no le parecía un hombre impresionable, que diera importancia a cosas banales—. Siga, Webb. Le escucho.

—A mí me echó del cine el Sindicato.

—¿El Sindicato? ¿Su Sindicato?

—No, no. El Sindicato. El único. La Mafia, ¿entiende?

—Cielos, sí... —Connie entornó los ojos, sin desviarlos de él—. ¿También están metidos en la «Continental»?

—Creo que en casi todas. No quise pagar la cuota. Buscaron un truco para que me despidieran. Me vi en la calle. Colby me colocó, aunque eso irritó a la Mafia. Sé que le advirtieron de que no tratara de ayudarme. Colby no les hizo caso. El mismo no pagó jamás al recaudador de estos estudios.

—¿Estos? —Connie se irguió, excitada—. Webb, ¿está insinuando que..., que aquí también... hay Mafia infiltrada?

—Como en todo lo que signifique dinero. Todas esas ratas que hablaron con usted, pagan puntualmente. Acaso una de ellas es el enlace de los «gangsters», no sé. Colby tampoco sabe quién es el enlace. Pero recibió hace tiempo un ultimátum. Mañana cobrarnos la mensualidad. Es nuestro último día para pagar. Si nos negamos, la Mafia atacará. Es posible que me maten, pero yo no pienso pagar.

—Podría publicar eso —meditó Connie—. Pero haré daño a la «XKW»... Y no hay pruebas para respaldar lo que yo diga.

—¿Pruebas? A eso iba, señorita Adams. Estoy seguro de que a Colby le clavó ese dardo en la nuca el enlace de la Mafia aquí dentro. Fue como un aviso. No quisieron matarle. Si Colby regresa..., entonces golpearán para matar. Publíquelo, por Dios. Ya es hora de que se digan las verdades. Estoy dispuesto a corroborarlo ante quien sea.

—Ese valor puede costarle caro, Webb...

—Lo sé —sonrió con dureza el técnico. Encajó las mandíbulas al insistir—: Se lo ruego. Publique esto. Puede dar mi nombre. Esos buitres van a llevarse una sorpresa. Si aún así cometen algún atentado aquí dentro..., será la mejor prueba de que dije la verdad, ¿no es cierto?

—Sí —aceptó Connie, con cierta excitación en el brillo de sus ojos—. Eso sí, Webb. Acaso su mejor salvaguardia sea esa: publicar la acusación. Lo haré, esté seguro.

—Gracias —la miró, con gratitud—. Sabía que lo haría. Es usted una muchacha muy inteligente. Y muy valerosa también...

En aquel momento, de algún lugar del estudio, llegó un grito agudo, estremecedor. Un grito de mujer, de diapasón altísimo, escalofriante.

Después, las luces todas del estudio, de los diversos «sets», se apagaron. Connie se encontró en las sombras, con el jadeo de sobresalto de Robert Webb, muy cerca de ella.

Y en la distancia, el grito se repitió. Con unas frases claras, precisas, inconfundibles:

—¡Es él! ¡Es «Máscara Púrpura»! ¡Dios mío, va a matarme...! ¡Noooo...!

Luego, en la oscuridad ominosa del edificio repentinamente en sombras, el grito se quebró.

Un silencio de horror siguió después.

CAPÍTULO V

LA oscuridad duró unos segundos más.

Luego, volvió la luz, cruda e intensa. Connie Adams parpadeó, deslumbrada. Se sobresaltó al descubrir unas manos fuertes, velludas, cerca de ella.

Robert Webb se disculpó, bajándolas rápidamente:

—No tema. Iba a protegerla de cualquier cosa... ¿Ha oído ese grito?

—Sí... Claro que lo oí... —Connie miró en torno—. Cielos, ¿por dónde llegaría? Me veo desorientada entre estos muros de papel...

—Venga conmigo. Creo que era en las oficinas... —la tomó por un brazo, suavemente.

Connie siguió al técnico de «atrezzo». Deambularon entre decorados diversos. En alguna parte se percibían ya voces, pasos rápidos, murmullos confusos.

Dejaron atrás el estudio. Un corredor con rótulos indicadores iluminados, les llevó hasta las oficinas de redacción de la emisora.

El cerco de gente rodeaba una mesa. En ella, alguien yacía boca abajo. La voz de Werner Lukas en persona sonó tajante:

—¡A ver, un poco de orden! Usted, Fowler, telefonee a una ambulancia...

Derek Fowler se alejó rápidamente. Connie Adams y Webb llegaron

hasta la mesa de la oficina.

—¡Mitzy! ¡Es Mitzy Miller! —gritó alguien.

Era Mitzy Miller. La joven mecanógrafa yacía abatida sobre la mesa. Sobre su blusa, resaltaba algo entre ambos pechos: un penacho púrpura, de plumas. En los papeles mecanografiados de la mesa se extendía una mancha de sangre.

—¿Está... muerta? —jadeó Connie, muy pálida.

El actor Steve Fraser se volvió, meneando negativamente la cabeza. Miró pensativo a Connie y a Webb.

—Parece que vive —señaló—. Pero si el dardo llega a clavarse en su seno izquierdo, no hubiera habido solución...

—¿Cómo pudo suceder? —indagó Robert Webb, tenso.

Fraser se encogió de hombros. Lukas iba a decir algo, cuando la propia Mitzy irguió torpemente la cabeza. Estaba lívida, su faz hubiese parecido la de una muerta en vida, de no sonar las palabras borrosamente en sus labios trémulos. Los ojos vidriados miraban a su alrededor, seguramente sin ver a nadie. Había un vivo, profundo, increíble terror en ellos.

Sus palabras, a pesar de lo tartamudeantes y roncadas, llegaron a todos, tal fue el silencio expectante que rodeó a la joven. Por entre sus senos, la sangre formaba un reguero, al que Fraser aplicó rápidamente un pañuelo.

Mitzy Miller iba desgranando sus quebradas palabras:

—Fue..., fue ese horrible personaje... El, en carne y hueso, yo le vi... Surgió ante mí, con una carcajada atroz, me miró de un modo espantoso... y luego me arrojó el dardo, volviendo a reír como un demente... Era él... ¡Era él!..

—¿Quién, Mitzy? —se interesó con dulzura Werner Lukas.

—El..., él... ¡Era «Máscara Púrpura»! ¡«Máscara Púrpura», con sus mismas ropas de la televisión!.. Era él..., pero EN PERSONA...

Su cabeza se derrumbó otra vez. Los cabellos barrieron la mesa, los papeles, las manchas de sangre.

Todos se miraron entre sí. Parecían buscar algo, a alguien...

—¿Y Connolly? —preguntó Lukas—. ¿Dónde está Connolly?

El actor que personificaba a «Máscara Púrpura» en la pantalla, no estaba presente en el grupo.

* * *

—Dos atentados ya, y en el espacio de pocas horas... ¿Qué dice el informe, Glenn?

Víctor Glenn, de la Oficina Federal de Los Angeles, tomó el texto

recién descifrado. Leyó a su superior, si inspector federal Trevor Grahame:

—«A punto resolver asunto Mafia interior XKW. Mañana descubriré identidad enlace «gangsters» sindicales dentro emisora. Posiblemente culpables atentados, a pesar del cariz fantástico de los misteriosos ataques. Aclaremos eso, si depende nosotros. Saludos: Fraser.»

—Esperemos que tenga suerte —suspiró Grahame, pensativo—. Es un asunto difícil. No creo que le ayude nadie, dentro de la emisora. La gente está asustada. Paga las cuotas al Sindicato y calla. Es lo de siempre. Con lo que luchamos ya en los muelles, en los estudios de Hollywood, en la piel, la seda, las confecciones, el transporte, los mercados...

—Fraser es un buen agente, señor —ponderó Víctor Gleen—. Saldrá adelante con ello, estoy seguro. Juraría que, por lo que informa, tiene ya sospechas sobre alguien, pero prefiere estar seguro.

—Tal vez aun cogiendo al enlace, al que recauda las cuotas impuestas por la Mafia, no logremos gran cosa. Esa gente nunca quiere hablar. Saben cuál es el castigo, dentro de su Sociedad, para el que se suelta de la lengua, Glenn.

—Es posible que no quieran hablar. Pero vamos a tirar nosotros del hilo, hasta que el ovillo salte ruidosamente, señor. Es la única forma de combatir a esa peste que lo invade todo.

Bostezó Grahame. Una noche entera de trabajo en la oficina, encargándose de resolver los expedientes de un caso de tráfico de drogas en Beverly Hills, y el de un negocio de prostitución en un respetable palacete de Sunset Boulevard, con importante clientela del mundo del cine y de la política local, implicados en el caso, era suficiente para agotar al más fuerte. Los dos federales se habían visto obligados a permanecer en vela, para que los expedientes salieran urgentemente hacia Washington, y los culpables de ambos delitos fuesen puestos a disposición de la autoridad judicial del Gobierno Federal, por la naturaleza de sus delitos.

—Hasta que el informe de Fraser llegue a nosotros, voy a echar un sueño, Glenn —habló el inspector—. Y usted haría muy bien en irse también descansar, para que si hemos de actuar nuevamente mañana, lo hagamos con la mente despejada y las ideas claras.

—Sí, señor —sonrió Gleen—. Así lo haré.

—Vamos, recoja ya todo y salgamos—apagó la luz del flexo de su mesa, al advertir que ya la luz del día asomaba por las rendijas de las persianas. Tiró de éstas y una claridad azulada penetró en la oficina—. Le invito a un café y un emparedado en «Gino's» antes de irnos a la cama, Glenn.

—Acepto, señor—suspiró Victor Glenn, siguiendo a su superior fuera

del despacho del F.B.I, en su Delegación de Los Angeles.

Poco después, ambos hombres consumían sus emparedados y su café caliente, bien cargado, en el mostrador de «Gino's», junto a los camioneros que acababan de llegar con sus vehículos de carga a la ciudad, y con los madrugadores que se disponían a entrar al trabajo, con sus ojos aún cargados de sueño y de pereza.

Adquirieron el diario matinal a un vendedor que también confortaba su estómago con la caliente infusión de «Gino's». Glenn lo desplegó, tras leer la noticia de última hora: «ATENTADO CRIMINAL EN LA TV.»

Le llamó la atención, justo al lado de la noticia, la llamada columna de Connie Adams: «TRAS LAS CAMARAS DE LA TV.» Y una frase sorprendente, entre admiraciones: «¡LA MAFIA DENTRO DE LA TELEVISION!»

—Eh, inspector —señaló, excitado—. Lea esto...

—Diablo... ¿Quién le dijo a esa chica que ahuyentara la liebre? —se enfureció Grahame—. Esa noticia no hará ningún bien a la tarea de Fraser dentro de la emisora. Los «gangsters» se pondrán en guardia inmediatamente.

—Es lo mismo que yo estaba pensando —asintió Glenn, ceñudo—. Los periodistas siempre lo complican todo. Especialmente, cuando llevan faldas...

La digestión se les había estropeado ya bastante. Incluso el sueño escapó de ambos como un fantasma inaprehensible. La noticia de Connie Adams había logrado tal desastre.

—Creo que ya no conciliaré el sueño —farfulló el inspector—. En un momento, puede que hayamos perdido toda la tarea tan cuidadosamente preparada.

—Fraser va a maldecir por todo lo alto, cuando sepa que ha estado haciendo de actor en ese serial monstruoso de «Máscara Púrpura», semana tras semana, estérilmente —admitió Glenn, leyendo con calma la columna de la joven reportera. Al final, estaba con una expresión entre desconcertada y sarcástica—. Cielos, inspector, esta chica ha hilvanado una historia grotesca y sin sentido. Dice que el ataque a Mitzy Miller, una funcionaria de las oficinas de la «XKW», fue obra de la misma persona que atacó a David Colby, el guionista y responsable de ese engendro que mantiene pegados al receptor a millares de californianos. Y la persona en cuestión... ¡es «Máscara Púrpura»! Algo así como si dijera que el atraco al National Bank fue perpetrado por Dick Turpin...

—La gente de la televisión y del cine no sabe cómo hacer publicidad de cualquier cosa —el inspector Grahame meneó la cabeza con pesimismo—. Son capaces de decir que la Mafia contrató a «Máscara Púrpura» para provocar el terror. De ese modo, el programa sube de

audición... y el promotor y patrocinador aumenta su apoyo financiero.

—En este caso se equivoca, señor. La firma patrocinadora retira su apoyo al programa. «Máscara Púrpura» terminará esta noche. Será el último programa. No entiendo a qué viene esa publicidad de mal gusto...

—Mi querido Glenn, si usted entendiera a los de la TV, sería un ser tan anormal como ellos. Vale más que no llegue a saber lo que pasa por sus mentes, ni por qué pasa. Es mucho más sensato y saludable para usted, muchacho. Tenga por cierto que, de un modo u otro, están planeando el retorno de su horrible «Máscara Púrpura» a otro programa, para que siga aterrizando a la gente desde la pantallita de sus casas. Bien, ¿vamos a casa? Al menos, descansaremos un poco, aunque no podamos pegar ojo.

—Yo iré antes a cierta gestión, señor. Luego, es posible que duerma más tranquilo.

—¿Adónde irá, Glenn?

—A la redacción de ese diario.

—¿A qué?

—Quiero decirle unas cuantas cosas a esa jovencita chismosa.

—¿Se ha vuelto loco? No debemos mezclarnos oficialmente en nada, Glenn...

—No dificultaré en nada la tarea de Fraser, ni tendremos la menor relación con nada de la TV. Sencillamente, ella ha publicado una noticia. Como agente federal en Los Angeles, estoy obligado a entrevistarme con la que lo ha escrito, para conocer sus fuentes de información... y la posible repercusión de ese informe público.

—Bien, confío en su buen tacto, Glenn —suspiró el inspector—. No dé un solo paso en falso. Sobre todo por Fraser... y por su labor dentro de la TV.

—Descuide, señor —una sonrisa fría asomó a los labios de Víctor Glenn—. No pienso resbalar lo más mínimo frente a esa jovencita tan bien informada...

Capítulo VI

LO siento, señor. No tengo nada que decir. Había sido seca, cortante. Incluso altiva, hostil abiertamente.

Víctor Glenn no habló enseguida. Estaba estudiando a la bonita muchacha de cabellos teñidos en tono ceniza, ojos ambarinos, boca roja y enérgica y figura tan elegante como juvenil y llamativa.

—Usted ha confirmado algo muy grave, señorita Adams —se expresó por fin Víctor—. Según su columna, la Mafia está infiltrada en el negocio de la televisión americana.

—Cierto.

—Concretamente, sabe usted que la Mafia controla los puestos y la normalidad laboral de la XKW.

—Cierto.

—Y acusa abiertamente a la autoridad de no averiguar qué hay de cierto en todo eso, y a la gente que se somete a la voluntad de los «gangsters», de cobardía en ceder al chantaje, la coacción y la amenaza, como en los tiempos de la Ley Seca.

—Muy cierto, sí.

—Bien. Yo, como agente del Gobierno, señorita Adams, insisto: ¿en qué se basa para publicar tales cosas? ¿Cuáles son sus pruebas, su testimonio, quiénes las personas que le han conducido a esa evidencia?

—Y yo, señor Glenn, como representante de la Prensa, en función de mi tarea informativa y de mi derecho a la discreción profesional, me veo obligada a repetirle que no tengo nada que decir, que no haya sido dicho ya en letra impresa.

—Su «letra impresa» resulta bastante vaga, confusa, indefinida...

—No puedo citar nombres ni personas. Sería como darle víctimas a la Mafia. Usted, como federal, conocerá bien sus métodos, ¿no es cierto?

—Aun así, insisto en forma confidencial, señorita Adams: ¿en qué se basa para hacer esa afirmación tan gratuita en su columna? ¿Busca sensacionalismo, propaganda para sí, como un ente más de la televisión?

—Señor Glenn—se irguió ella, relampagueando sus ojos, palpitante el erguido busto juvenil. Desafió al federal, adelantando el mentón con energía—. Sepa usted que no tengo por qué hacerme propaganda ni soy de esa clase de personas que aprovechan cualquier coyuntura para lucirse en público. Sepa que si algo busco con esa noticia publicada hoy,

es un revulsivo de la opinión pública, una mayor acción de las autoridades, contra el azote más grave y vergonzoso de nuestro país, contra la más cobarde y vil de las hermandades secretas, que juegan y se lucran gracias al miedo del trabajador a no encontrar empleo, a ser golpeado... o muerto. Es una historia demasiado vieja para que la ignore, ¿no es cierto, señor Glenn?

Víctor apretó los labios. Su alta estatura, sus grises pupilas aceradas, su mentón enérgico y las facciones bien acusadas de su rostro enjuto y nervudo, reflejaron cierta tensión, cierta contenida virulencia que no juzgaba oportuno hacer salir a flote, o estallar bruscamente, a impulso de sus emociones.

—Ahora, señorita Adams, escúcheme usted a mí —silabeó, dando un paso adelante, que obligó a dar otro atrás a la audaz periodista—. Su labor social me parece muy encomiable pero totalmente inútil, errónea y mal aprovechada. En otra ocasión que tenga referencias ciertas y legítimas sobre una infiltración «gangsteril» en cualquier actividad de la vida americana, no malgaste tinta en su periódico. Si es falsa la noticia, no hace sino crear confusionismo y dificultades a los demás. Si es verídica, pone en guardia a los mafiosi... e incluso usted misma puede llegar a correr un serio peligro, ya que la Mafia igual ataca a hombres que mujeres, cuando se ve hostigada por la imprudencia, la temeridad o la estupidez de alguien.

—¿Me llama estúpida, señor Glenn? —se engalló Connie.

—Todavía no. Pero¿s posible que muy pronto venga a llamárselo en su propia cara, pequeña entremetida—refunfuñó Glenn, dando media vuelta y saliendo del despacho de la columnista con un seco portazo.

Ella se quedó erguida en medio de la estancia, con la mirada centelleante, la boca furiosamente crispada y un aire de violento enfado en su cara aniñada, atractiva y llena de femineidad.

—Veremos quién llama estúpido a quién, señor polizonte del Gobierno —murmuró ella, malhumorada, tirando su lápiz de apuntes contra la mesa de trabajo, en un arranque de genio incontenible.

* * *

—¿Todo bien, Colby?

—Todo bien, sí.

—Celebro que saliera tan bien librado del ataque de la otra noche. ¿Ya sabe lo de Mitzy?

—Sí... —se estremeció David Colby, desviando la mirada del grave rostro de Werner Lukas—. Oí algo en el hospital... También..., también fue con un dardo púrpura, ¿no es cierto?

—Cierto—convino Connolly, que había acudido con los demás, a recibir al guionista, a su regreso del hospital—. Ella lo dijo varias veces, a gritos, antes de perder el conocimiento. Creo que está bastante bien,

pero pudieron haberla matado de desviarse el impacto unos centímetros hacia la izquierda.

—Lo sé, lo sé... —preocupado, muy pálido, como si tuviera unos cuantos años más que al ausentarse tras sufrir el ataque en el almacén de utilería de la «XKW», caminó por entre los compañeros, como un fantasma—. Cielos, me pregunto qué horrible maldición ha caído sobre este lugar y sobre todos nosotros...

—¿Maldición? No puede ser eso. Ha de ser alguien que, por una u otra razón, ha decidido seguir esta macabra farsa de «Máscara Púrpura» —sentenció Robert Webb, el técnico de «atrezzo».

—Y, por cierto, no con mi traje —objetó Connolly vivamente—. Anoche, cuando hirieron a Mitzy, todos fueron en mi busca. Yo estaba en mi camerino descansando... y mi traje y máscara se hallaban bien guardados, en el fondo de mi maleta. Tuvieron que usar otro atavío semejante para asustar a Mitzy...

—A no ser que ella viese alucinaciones —completó Fowlder, escéptico—. Y en ese caso, un asaltante vulgar, acaso un ladrón o un pillo cualquiera, le pareció el mismísimo «Máscara Púrpura», llevada por la psicosis que reina aquí desde el otro día...

—¿Psicosis? —refunfuñó Colby, sombrío. Meneó la cabeza, negativo—. No, no era psicosis lo que yo vi en el almacén...

Todos los rostros se volvieron hacia él. Todas las miradas se clavaron en Colby.

—¿Lo que viste en el almacén? —susurró Sigríð Hasse, entre burlona e intrigada—. ¿Qué fue ello, David?

—Apenas una sombra, a mi espalda —jadeó el guionista—. Luego, en uno de los espejos de utilería del almacén, creí ver una forma púrpura, una especie de manto como el que lleva «Purple Mask»... y unas manos enguantadas. Una de ellas me tiró algo, yo traté de volverme, creo que grité... y algo me hirió en la nuca, dolorosamente. Perdí la noción de todo. Oí una risa extraña... Justamente la risa que «Máscara»... Bueno, la risa que Connolly emite en el programa.

—Yo no estuve en el almacén —se apresuró a replicar Warren Connolly.

—No haría falta que fueras tú —objetó Fowlder—. Miles y miles de personas han oído reír a «Máscara Púrpura» durante meses. Nada más fácil que imitarlo...

—Además, están esos dardos de plumas purpúreas... —señaló Werner Lukas—. No sé, hay algo en todo este juego sangriento que no me gusta. Es como si una mente retorcida quisiera divertirse a costa del terror y de la inquietud ajena. Igual que tramar un argumento de angustia y asistir a él como espectador, poniendo a los demás de protagonistas.

—Una imagen muy propia de David —rió Sigrid, burlona.

—¿Qué quieres decir? —se volvió vivamente Colby.

—Nada. Pensaba en el guionista, en el creador de historias... Este podría ser tu mejor guión. Una pirueta de intelectual. O de loco...

—Me gustaría que te hubieran clavado a ti ese dardo, en vez de elegir a la pobre Mitzy —masculló Colby, rencoroso—. Eres una víbora, Sigrid.

—No te preocupes, querido amigo —se mofó ella—. Si en el futuro, alguien resuelve agujerear mi bonita piel con uno de esos horribles chismes arrojadizos, podrán todos señalarte a ti y decir a la Policía: ««Colby estaba deseoso de llevarlo a cabo...»

—Creo que ya basta de alfilerazos y de insultos —cortó Derek Fowlder, malhumorado, interponiéndose en el grupo—. Tenemos suficiente en la emisora con esos atentados, la inexplicable presencia de un «Máscara Púrpura» en el edificio... y la bonita noticia que esa muchacha, Connie Adams, publica hoy en su columna. ¡La Mafia en la «XKW»!

—La Mafia... —Colby se estremeció, mirando fijamente a Fowlder—. ¿Eso dicen?

—Sí —gruñó Connolly—. Una tontería. Jamás pagué a nadie un centavo de mi sueldo, por el privilegio de tener trabajo seguro. No sé de dónde se sacó esa tontería la chica esa...

—Nadie habló anoche aquí de la Mafia ni cosa parecida —convino Steve Fraser, con naturalidad.

—A no ser que después hablasen con ella... a solas... —sugirió Sigrid, malévola. Se volvió bruscamente a Webb—. Tú, Robert, eras el que llegaste con ella cuando Mitzy fue herida, ¿no es cierto?

—No sé de qué hablan —replicó fríamente Webb, clavando los ojos en la nórdica, y fingiendo no ver la preocupada mirada de soslayo que le dirigía Colby—. Yo no cambié a solas la menor palabra con ella ni con nadie. No sé que haya «gangsters» aquí. Pero sí sé que algo huele a podrido en este lugar, y me parece saber dónde anda la basura...

Hizo un gesto de asco y abandonó la sala. Sigrid emitió un comentario mordaz y poco correcto sobre el técnico, antes de alejarse también hacia su camerino. Fowlder optó por hacer una vez más de mediador, advirtiendo a todos:

—Prepárense, muchachos. Vamos al último ensayo para el guión de esta noche...

—Último guión... —le recordó amargamente Colby, frotándose el esparadrapo y apósitos que abultaban su nuca, junto al nacimiento del cabello.

—Sí, David. Último guión —meneó la cabeza con pesimismo Fowlder—. La «Ajax» no se ha vuelto atrás, ni siquiera después de estos últimos

acontecimientos. También ellos creen que es publicidad gratuita.

—No me sorprende. Barry J. Arnold no se apeará fácilmente de su decisión.

—¿Por qué, David? No parece que ese hombre tenga muchas simpatías hacia ti...

—No lo entiendo—se encogió de hombros Colby, evasivo.

—¿Acaso... por la chica, su secretaria? —sugirió Fowlder en voz baja.

—No hay nada entre Lynn Abner y yo —cortó David, irritado—. Sólo que es una chica simpática, muy atractiva... y tiene que vivir junto a un cerdo cargado de dinero, que tiene esposa e hijos. Sólo eso. El maldito Arnold es un celoso, un tipo cargado de complejos y de mala fe. Oh, Dios, ¿por qué vendería yo los derechos de mi personaje a esa Empresa?

—Eso, ya no puede resolverse. Conformidad, Colby. ¿Asistes al ensayo final?

—Sí, gracias —se pasó una mano nerviosa por la frente cubierta de tenue sudor—. Iré a mi camerino un momento. Enseguida estaré con vosotros en el «set...»

Se alejó. Los demás iban ya hacia el «set» de «Purple Mask». El último ensayo general para la emisión «Crimen de 8 a 9», iba a comenzar. Un hombre, el actor Steve Fraser, salió lentamente de detrás de la puerta entreabierta de un cercano lavabo. Guardó una pluma, y leyó lo que había anotado en una página de una pequeña agenda que llevaba consigo:

«¿David Colby y Lynn Abner, secretaria de Arnold y, tal vez, su amiguita?»

Sólo eso. Fraser sonrió, guardando la agenda en su bolsillo, y se encaminó sin prisas al lugar de ensayo.

Entre tanto, Colby, bien ajeno al interés que despertaban sus asuntos privados en un actor que se ocupaba de misteriosas anotaciones, abría la puerta de su camerino y entraba en él, para ponerse cómodo, de cara al último trabajo en «Purple Mask».

—Hola —saludó alguien, desde dentro.

Se sobresaltó, antes de saber que el visitante de su camerino era Robert Webb, el técnico de «atrezzo», acomodado en una de las sillas extensibles de su camerino.

—Ah, ¿eres tú? —indagó, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo, David —expuso Webb.

—Bien. Ya estamos solos —cerró cuidadosamente la puerta. Miró a Robert Webb con severidad—. ¿Por qué hablaste a esa periodista de la «Mafia»? Sólo tú pudiste hacerlo...

—Tienes razón. Yo fui.

—Pero... ¿por qué? Eso creará un escándalo...

—Tal vez sea lo mejor. Mira, Colby. Esto estaba en tu camerino cuando he llegado. Había otro igual en el mío, esta mañana...

La mano de Webb alzó algo: una cartulina ocre, sobre la que se habían escrito unas líneas con grueso trazo rojo:

«ULTIMO PLAZO, COLBY. PAGA HOY AL
RECAUDADOR. ESO... O SUFRIR UN ACCIDENTE. Y
NOSOTROS NO FALLAMOS NUNCA.»

Como firma, solamente una mano negra estampillada.

Capítulo VII

VICTOR Glenn acomodó su elevada humanidad, musculosa y enjuta, pero de anchos hombros y sólidos brazos nervudos, en un asiento del Canadian Club, sala azul.

Era el lugar destinado a presenciar la TV. Había algunos espectadores del programa, no muchos. El canal en funcionamiento era, naturalmente, el 36. La XKW, emitiendo los anuncios de «Ajax Products». Luego, apareció la primera carta de crédito de la emisión de más audiencia en la costa de California:

«XKW PRESENTA: «CRIMEN DE 8 A 9.»
UNA CREACION DE DAVID COLBY,
ESCRITA EN EXCLUSIVA PARA
«AJAX MEALS»
Y
EL CANAL 36.
¡CON...
«MASCARA PURPURA!»

Una música de fondo dramática, angustiosa, monorrítmica, obsesiva. Glenn sonrió. No era la primera vez que presenciaba aquella emisión. Sólo que esta noche iba a ser la última. Y había ido como espectador al Canadian Club, en los bajos del edificio XKW exactamente...

Era la última emisión de «Crimen de 8 a 9». Eso, le tenía perfectamente sin cuidado al joven agente del F.B.I. Pero el hecho de que las nóminas de la emisora se pagasen ese día, a las 9,30 aproximadamente, sí le interesaba y mucho. Especialmente, por su amigo y colega Fraser, mezclado entre los actores de la TV, gracias a sus dotes de histrión, que ya pusiera en evidencia incluso en el período de entrenamiento, en la Academia Federal de Quantico, recitando a Shakespeare en los festivales de fin de curso.

Glenn le había visto actuar entonces. Ahora, le parecía infinitamente más meritoria su labor, actuando como artista profesional dentro de un cuadro de actores de televisión, en un guión absurdo, entre personajes de papel, falsos y ridículos. Y todo ello, para localizar a un hombre, acaso una mujer. En realidad, a un recaudador de cuotas ilegales, a un

miembro del Sindicato de los «gangsters», infiltrado en la vida social y económica del país, hasta límites realmente increíbles.

Comenzó la acción en la pequeña pantalla. Glenn no podía tomar en serio las escenas angustiosas, violentas o melodramáticas, los recursos efectistas, las procacidades de aquella walkiria rubia, toda sensualidad, y las apariciones terroríficas e hilarantes de un mal actor, enmascarado con las ropas púrpuras de aquel grotesco pero eficaz «Purple Mask», preferido del público televidente.

Fraser interpretaba bastante bien su papel de policía, enemigo mortal de «Máscara Púrpura». Con cierto sentido del humor, Glenn se dijo que, a veces, Fraser llegaba a parecer un policía de verdad...

Se llegó sin novedad al Intermedio. En la pantalla de vidrio surgieron las inevitables excelencias de los productos «Ajax» y sus mil soluciones para el buen hogar americano.

Tras esa pausa obligada, comenzó la segunda parte. Glenn encendió un cigarrillo.

Acababa de rebasar el reloj justamente las ocho y treinta. Sin saber la razón, un hormigueo de nerviosismo comenzó a agujijonear a Glenn.

Era como la sensación inexplicable de que algo iba a suceder muy pronto. Y Glenn ni siquiera sabía qué podría ser ello... Pero presentía que no estaba muy lejos.

La acción ideada por Colby iba con un creciente ritmo de angustia y de violencias, hacia su final. Los asesinatos del enmascarado púrpura se repetían, como algo de escalofriante sencillez. Siempre mucha sangre, mucha violencia, mucha crueldad. Y, en los oportunos momentos, el «flash» del sexo, la presencia exuberante y generosa de Sigrid Hasse, la rubia explosiva, en su nada romántica heroína.

La escena final enfrentaba a Fraser y a «Máscara Púrpura», en un decorado que reproducía con buen realismo una terraza altísima, la cumbre de un rascacielos, y el fondo de la ciudad, con sus mil luces guiñando en la noche...

Esta vez, todos sabían que el final iba a ser diferente. Al fin, «Máscara Púrpura» iba a caer en poder de la Ley. El policía encarnado por Steve Fraser ante las cámaras, vencía al asesino de la máscara de goma y la indumentaria grotesca y teatral le daba caza, y allí terminaría el guión.

Víctor Glenn sintió cierta curiosidad por conocer aquel desenlace nuevo, acaso definitivo ya para la lamentable serie. Fraser estaba en su papel. Salvaba a la medio desnuda heroína de la melena rubia y las curvas agresivas. Luego, avanzaba al borde del abismo fingido en el «set...» y las cámaras en un viraje brusco, descubrían a «Máscara Púrpura», erguido allá, frente al representante de la Ley. Con sus temibles dardos de penacho de plumas, dispuesto a luchar contra su

adversario.

Glenn admiró esta vez el ímpetu puesto por el maduro y mediocre Connolly en su papel. La figura envuelta en tela púrpura saltó felinamente, como si fuese a vencer finalmente al personaje interpretado por Fraser. Este gritaba, consciente de la pésima calidad del diálogo:

—Esta vez estás vencido, monstruo... No hay escapatoria. Es la justicia, que va a triunfar por fin, asesino sin conciencia...

El esfuerzo postrero de «Purple Mask». Otro salto atlético, otro esfuerzo por huir. Y, de repente, alzaba el brazo, para tirar su dardo a Fraser. El disparaba su revólver. En ese momento, el guión de Colby marcaba la situación: el dardo caía de la mano del enmascarado, y luego él apoyaba sus rodillas en el suelo, oprimiendo su mano herida.

Era el fin. Fraser llegaba a él, le esposaba... y aparecía la palabra FIN.

El enmascarado soltó el dardo. Este, con fuerza, escapó de sus dedos. Se perdió en alguna parte del rectángulo iluminado de la pantalla de televisión, allá en el «set».

Fraser avanzaba...

De súbito, todo se alteró. Fue Fraser el que osciló, el que se inmovilizó, vacilante. No siguió avanzando hacia «Purple Mask». En cambio, éste no se dejó caer de rodillas, no oprimió su mano herida...

En vez de ello, se perdió por el decorado, con una larga, hiriente risa triunfal...

Algo sucedió en el Estudio. Pasaron dos figuras ante las cámaras, giraren ésta, desviándola del decorado. Se oyeron gritos. Fraser, de repente, cayó de bruces al suelo. La figura y rostro de un técnico de la televisión volvió a cruzar ante el objetivo de la cámara. Hubo un caos en el «set».

Apareció un rótulo: «Disculpen la interrupción. La emisión se reanudará en breve.»

Glenn pegó un salto en su asiento. Abandonó el salón de televisión del Canadian Club, a la carrera. Precipitóse hacia el exterior, al vestíbulo del Edificio XKW. Corrió a un ascensor. Gritó al empleado, que le miraba indeciso:

—¡Arriba, a los Estudios! ¡Policía federal! ¡Es «urgente»!

El ascensor devoró pisos y pisos, subiendo vertiginoso hasta la planta donde se hallaban los Estudios para programas directos.

Glenn penetró, empujando la puerta vidriera con violencia. Dos empleados con el distintivo de la Emisora corrieron a él, empezando a decir:

—Señor, lo sentimos. Está prohibido entrar a...

—¡Soy del F.B.I.! —exhibió su credencial de pasada, sin detenerse—. ¿Qué ha ocurrido en el Estudio?

Avanzó veloz, sin esperar a que ellos dijeran nada. Una flecha indicaba los diversos Estudios, y en uno aparecía el rótulo en rojo: «SILENCIO. EN IMAGEN».

Corrió hacia allá. En algunos televisores dispersos en los muros aparecía el cartelito, inmutable. Glenn los dejó atrás, halló una puerta metálica y la abrió, hallándose en un gran estudio medio desierto, con algunos decorados a medio montar, y ninguna persona visible. Allá, en las alturas, los focos de luz colgaban, apagados, a excepción de un par de ellos que diluían su claridad, entre cercos de profunda sombra y las mil formas borrosas de mobiliario, atrezzo y escenografía corpórea.

Al fondo, otro indicador en rojo anunciaba: «SILENCIO. ESTUDIO INMEDIATO EN IMAGEN». Se precipitó hacia allá...

De súbito, algo golpeó a un lado, en el estudio desierto y oscuro. Rápido, Glenn giró sobre sus talones, arma en mano. De lejos, le llegó una voz. Una voz que temía oír, procedente del Estudio vecino:

—¡Suspendan la emisión! ¡Pasen al Estudio! «¡Han asesinado a Steve Fraser!»

El joven policía exhaló un rugido sordo entre los labios contraídos. Escudriñó la sombra, donde sonara el ruido un momento antes de oírse la voz lejana, y quitó el seguro de su reglamentario Colt de calibre 38. Habló tajante:

—¡Alto! ¡Policía federal! ¡Salga de ahí o disparo! ¡Salga, quien quiera que sea...!

Hubo un movimiento, un roce sigiloso, cauto. Luego, golpearon algo. Cayó un objeto, se agitó una cortina. Una figura corrió, tratando de huir.

No vaciló Víctor Glenn. Se limitó a apretar el gatillo. Su arma retumbó. El disparo centelleó, anaranjado, en la oscuridad.

La figura surgió a la luz, bajo un foco altísimo. Trató de hundirse en la sombra.

—¡Alto! —repitió Glenn—. ¡Tiraré a matar esta vez, si no se rinde!

No. No se rendía el— otro. Corrió, veloz, en busca de una escapatoria. Glenn se lanzó tras él, y apretó de nuevo el gatillo. La bala zumbó junto a la figura que huía, y quebró una vidriera del decorado montado al fondo.

El fugitivo se paró en seco. Se volvió, alzando los brazos.

—¡No tire, no tire! —voceó—. ¡No me asesine...!

Glenn avanzó, con el arma dispuesta a hacer fuego otra vez. Pero ya el otro permanecía quieto, dominado.

El federal se halló frente a una extraña, melodramática e increíble figura. Una forma púrpura que le era bien conocida.

El asesino de la televisión: «Purple Mask...»

Capítulo VIII

NO dispare. Me entrego. Me entrego...

Víctor Glenn mantuvo el arma delante de su cautivo. Atrás, en la puerta del estudio inmediato, se oían ya voces, carreras, gente que se aproximaba, atraída sin duda por los dos estampidos de arma de fuego.

Rápido, Glenn estiró la mano izquierda. Arrancó la máscara al personaje. No hubo sorpresas.

El rostro ajado y macilento de Warren Connolly, le contempló con abatimiento, una vez perdida la pieza de goma púrpura que cubría sus auténticas facciones.

—No dispare... No dispare... —sollozó casi el actor, inclinando la cabeza.

—Usted... ¿Por qué? —preguntó Glenn roncamente—. ¿Por qué hizo eso...?

Se volvió, sin perder de vista a «Máscara Púrpura»-Connolly. Llegaban ya muchos de los personajes de la XKW, técnicos o actores, dirigentes o empleados. A un gesto de Glenn, y al ver su mano armada, se detuvieron en grupo, sin acabar de entender, aparentemente, lo que sucedía ante sus ojos.

—¿Eh? —voceó alguien—. ¿Quién es usted? ¿Qué sucede exactamente aquí...?

—Víctor Glenn. Policía federal —con su mano zurda, Glenn mostró rápidamente su credencial al que preguntaba. Luego, señaló con el arma al aterrizado Connolly—. Ahora, hablen ustedes. ¿Qué ha sucedido en el «set»? Estaba viendo el programa. Vi caer a Fraser...

—Está muerto —dijo el otro.

—¿Qué...! —una convulsión sacudió a Víctor—. Fraser... «muerto...»

—El dardo... se clavó en su corazón. Justamente en el corazón. Sin el menor fallo. Fue un blanco increíble, aunque sin duda involuntario... Un trágico error, señor Glenn... Connolly no pudo intentar tal cosa, es imposible... ¿No es cierto, Connolly?

El viejo actor no atinó a decir nada, no supo qué hablar, aunque pareció que iba a intentarlo, y abrió la boca, para volverla a cerrar sin pronunciar palabra.

—No pudo ser accidente —cortó Glenn, virulento—. Yo vi la escena. Estoy seguro de lo que vi. Lo hizo intencionadamente. En vez de soltar

el dardo al suelo, lo arrojó directamente contra Fraser... y huyó después.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué habría de matar Connolly a otro actor?

—Fraser no era «otro actor». Era un agente federal, como yo.

El otro no pareció sorprenderse en absoluto, aunque sí Connolly, que irguió la cabeza, con los ojos desorbitados.

—Lo sabía, señor —movió la cabeza canosa el interlocutor de Glenn—. Soy Warren Lukas, Director de la XKW. Su colega me había hablado ya del caso que llevaba entre manos. Esta noche esperaba capturar al enlace de la «Mafia».

—Y esta noche, le asesinaste ante miles de telespectadores. Curioso, ¿no? —habló Glenn con sarcasmo, acercándose a Connolly, implacable.

—Sí, es demasiado casual para ser admisible. Pero no imagino a Connolly como un mafioso... ni como un asesino, señor Glenn.

—Todos lo vimos. Le asesinó ante miles de testigos.

—Creo que se equivoca, señor. No era él. Warren Connolly no pudo asesinar a Steve Fraser —dijo alguien tras ellos.

Se volvieron tocios. Contemplaron a la persona que hablaba. Glenn le reconoció. Había visto muchas fotografías y reportajes en torno a él: David Colby, guionista de la televisión. Creador de «Purple Mask». También él llevaba, en su nuca, el signo de los dardos mortíferos de su siniestro personaje.

Traía algo entre sus manos, cubriéndolo con el cuerpo, a la espalda. Habló, antes de que nadie le interrumpiese:

—Warren Connolly padece de un dolor artrítico en la pierna izquierda, que le impide saltar con normalidad. Todos en la televisión sabemos eso. El no podría nunca dar el par de saltos que dio «Máscara Púrpura» esta noche, en el programa final. Eso es lo que asombró en su última salida. Eso, y que se olvidara de una frase que habíamos ensayado perfectamente, y que Connolly se sabía muy bien. Pero no supe qué era lo que me extrañaba, lo que no encajaba bien en todo aquello..., hasta que fue demasiado tarde, Fraser estuvo en el suelo, sin vida..., y «Máscara Púrpura» estuvo fuera de nuestra vista y de las cámaras.

—Pero yo capturé a «Máscara Púrpura», Colby —replicó Glenn, señalando al actor—. Y «sí» era Connolly.

—Pero él no podía ser la misma persona que actuó en la escena final, señor.

—Connolly intentó huir cuando le di el alto. Tuve que disparar dos veces, para que se detuviese.

—Tal vez estaba asustado, pero creo que es todo tal como le digo, señor.

—¿En qué se funda, Colby? —quiso saber Lukas, ceñudo—. Connolly

parece culpable, aunque estoy de acuerdo con usted en que jamás en toda su vida dio dos saltos como los de hoy...

—Miren, señores. Esto. Esto es la prueba de que esta noche, en el «set», hubo DOS «Máscara Púrpura...»

Y sacó las manos de detrás de la espalda. Mostró a todos una caperuza púrpura, un traje de igual color, con una capa corta, guantes y una máscara de goma púrpura, idéntica a la que lucía Connolly cuando Víctor Glenn le arrestó en el «set» desierto.

Las tiró a sus pies e hizo notar con voz profunda:

—Además, observen cómo han sido hechas esas ropas: con cremalleras de igual color, rapidísimas de abrir, desprendiendo todo en breves segundos. Creo que quien utilizó eso, no precisó más allá de siete segundos para quedar libre del atavío del personaje...

Glenn, pensativo, se inclinó. Tomó las ropas con cuidado. Las envolvió, sin entregarlas a nadie.

—Irán al laboratorio federal —expuso fríamente—. Pero de momento, Warren Connolly es mi prisionero..., sospechoso de haber asesinado al agente federal Steve Fraser, situado en esta Emisora para descubrir la infiltración de la «Mafia» en el negocio de la televisión americana...

* * *

—La «Mafia...» al principio, me sonó a fantástico, señor Glenn —confesó Lukas, sombrío—. Luego, me habló su compañero de las pruebas que esperaba reunir para acusar a alguien de la Emisora, como enlace entre el Sindicato de los «gangsters» y el personal que, dentro de mi Empresa, como de otras muchas, paga a los pandilleros, para verse protegidos de ellos mismos. Es un delito cobarde y vil, contra el que me mostré dispuesto a luchar, ayudando a su colega en cuanto fuera preciso.

—Sí, lo sé. El nos informaba de su cooperación, señor Lukas. Hoy es día de nómina al personal de TV, y Fraser esperaba descubrir algo... cuando ha ocurrido esto. No puede ser una casualidad.

—Usted, señor Glenn, opina que es la propia «Mafia» la que está haciendo ese juego absurdo y siniestro del personaje vestido de púrpura que atacó previamente a Colby y a Mitzy Miller, ¿no es cierto?

—Parece lo más lógico. En otro caso, habría aquí dentro dos casos completamente distintos: un loco disfrazado de personaje ficticio, y un «gángster» que recauda las cuotas laborales para el Sindicato. No me parece lógico.

—¿Por qué no?

—Carece de sentido matar a Fraser, si no es porque interesaba

eliminar a un hombre de quien, por algún medio, la «Mafia» supo que no era actor, como pretendía, sino agente del F.B.I.

—Sí, eso es convincente. Pero suponga..., suponga por un momento que la muerte de su amigo Fraser no responde a ningún propósito definido del asesino—objetó Lukas, entrelazando sus manos, con aire reflexivo.

—No le comprendo —se asombró Víctor, inclinándose hacia él.

—Lo temía —sonrió tristemente el director de televisión—. Es algo muy absurdo en apariencia para admitirlo tácitamente. Pero en mi trabajo, señor Glenn, uno termina por creer muchas cosas extrañas. El mundo de la televisión no es el mismo que usted conoce y vive cada día. Aquí, a veces se puede pensar que todo es posible.

—¿Incluso... matar por matar?

—Incluso eso —suspiró abatidamente Lukas—. No creo que hubiera un motivo concreto para herir a David Colby, nuestro guionista. Ni para atacar criminalmente a Mitzy Miller. Me pareció la obra de un loco... o de una persona lo bastante audaz para jugarse a una carta demasiado arriesgada y cruel la continuidad de este programa en antena.

—Sería monstruoso.

—Monstruoso, sí. Pero admisible en nuestro ambiente. Lo de esta noche, confieso que pasa de la raya. Matar, no es la forma adecuada de crear una publicidad, aunque sin duda ahora, este programa va a ser tristemente célebre en el mundo entero, por lo que ha sido dado ver en él a sus espectadores.

Tal vez el asesino no pretendió matar, sino repetir su diabólico juego... y le salió mal.

—¿Matando «casualmente» a Fraser? —dudó Glenn.

—Sí, volvemos a lo mismo: la extraña coincidencia de que Fraser no fuese un actor, sino un policía del Gobierno. Ese es el factor que todo lo complica y hace el «puzzle» más insoluble.

—Todos insisten en su Estudio en una misma cosa: Connolly no pudo ser el asesino. No es tan ágil. Los médicos tal vez opinen más concretamente. Por el momento, sigue arrestado. Veremos lo que resulta de eso.

—¿Le ha interrogado?

—Aún no. Lo haré más tarde. Ahora quiero que nadie abandone este edificio, en tanto se aclara lo ocurrido. También hemos de esperar a que los laboratorios federales examinen ese traje púrpura que halló Colby en un rincón del «set».

—¿Pueden hallar algo en él?

—Sí. Muestras de sudor, cabellos, algún hilo de la ropa que el culpable llevase debajo de ese atavío..., si Connolly no es el auténtico asesino, naturalmente.

—¿Y sobre el recaudador de la «Mafia»?

—De momento, creo que lo hemos perdido..., a no ser que sea el asesino de Fraser —admitió Glenn—. Centremos la tarea en la muerte de mi amigo. Un crimen en el Estudio de televisión no es asunto del F.B.I. Pero si el asesinado es un agente federal, entonces sí que es nuestra jurisdicción, señor Lukas.

—Está bien. Obre a su entera libertad. Y cuente con mi cooperación en todo, señor Glenn.

—Gracias. Voy a hablar por separado con todos los personajes más importantes de ese guión, técnicos o artísticos. Quiero saber también quiénes estaban en el «set» en el momento del crimen, quién vio a quién, y quiénes pueden ser más rápidos en vestirse y desvestirse un ropaje de esa especie.

—Bien. Adelante. Yo le facilitaré las cosas. La gente de aquí es bastante rara. No le será fácil sacar algo en limpio de ellos..., salvo que el compañerismo apenas existe, y que la mayoría se odia cordialmente entre sí.

—Odio... —Glenn meneó la cabeza, pensativo—. Es una fea pasión que dificulta muchas cosas y complica otras... ¿Cree que existen aquí odios capaces de provocar una muerte?

—Sí —admitió Werner Lukas—. Lo creo, sinceramente...

—Ya —Víctor Glenn se mordió el labio inferior contrariado—. Bien, vamos allá. No resolvemos nada especulando sin tener materia de juicio...

Werner Lukas le precedió, camino del Estudio, donde todo el personal del programa «Crimen de 8 a 9» esperaba la inevitable acción de la Policía federal.

Un desenlace imprevisto para la serie de «Máscara Púrpura», pensó Glenn por el camino.

¿O, por el contrario, previsto por «alguien»?

Capítulo IX

FUE tan confuso...—Derek Fowlder se encogió de hombros—. Era una escena que teníamos muy bien ensayada. Y todo iba bien. Alrededor hay muchos decorados diversos, mil rincones donde ocultarse... Sinceramente, yo sólo veía a Fraser, a la señorita Hasse y a Connolly... Bueno, al que yo suponía Connolly. Ya recordará que entraba en escena después de un espacio de tiempo sin aparecer. Entre una y otra escena debió cambiar el actor enmascarado, sin advertirlo ninguno.

—¿Le sorprendió su agilidad?

—Sinceramente, sí. En los ensayos, me había exasperado, como siempre, la rigidez de ese hombre. Connolly no es ágil ni puede moverse diestramente. Pero lo olvidé pronto, en medio de la acción...

—¿El asesino pudo estar oculto en algún decorado, hasta el momento de aparecer en lugar de Connolly?

—Sí, por supuesto. Hay al menos cinco o seis «sets» diferentes. Cualquiera era bueno.

—¿Y usted cree que uno de los que participan en la acción, artística o técnica, pudo dejar el «set» sin verlo usted, cambiar sus ropas por las del enmascarado, en el «set» vecino, y reaparecer, para matar a Fraser?

—Es difícil, pero posible, sí.

—Usted estaba junto a la cámara, eso es seguro, ¿no?

—Sí, sí. Soy el realizador, señor Glenn...

—Ya. ¿Y la señorita Hasse...?

—Terminaba su intervención. Tiene un camerino rodante, junto al «set». Se fue a él.

—¿Usted la vio ir, entrar en ese camerino?

—No, no. Pero lo imagino, claro...

* * *

—¡Lo imagina! Claro que entré en mi camerino, señor Glenn... —descuidadamente, Sigrid siguió pasándose una suave crema por los muslos, subiendo su falda en presencia de Víctor, sin inmutarse lo más mínimo. Se agitaba su melena suelta, como una llamarada de oro—. Entré y me quedé allí. Al oír los gritos, salí, presencié el caos... Creo que es todo lo que recuerdo.

—¿Recuerda haber visto a alguien conocido?

—A los de siempre. Los técnicos... —frunció el ceño, evocando algo. Luego, negó con la cabeza—. No sé. A Derek Fowlder no recuerdo haberle visto. Tal vez le ocultaba la cámara, el revuelo de la gente...

—Sí, tal vez. ¿Usted cree que en la última escena pudo haber sido cambiado «Máscara Púrpura»?

—No podría decirlo. Desde luego, me pareció mucho más ágil, más fuerte e impulsivo... Creí que era la excitación del último programa.

—¿Colby estaba presente en la realización?

—Le vi casi todo el tiempo cerca de las cámaras —negó con la cabeza al añadir—: Pero si se refiere al final, se ausentó mucho antes de la escena postrera. Parecía demasiado nervioso para soportarla...

—Sí, es natural. Gracias, señorita Hasse...

—De nada, señor Glenn—le guiñó un ojo, comenzando a broncearse el otro muslo—. ¿Sabe una cosa? No creí que los agentes federales fuesen tan guapos, excepto en el cine...

Glenn se limitó a sonreír, saliendo del camerino.

* * *

—Sí, me ausenté, pero no lejos del «set» —aceptó Colby—, Estaba nervioso, preocupado..., y no sólo por el final de mi programa predilecto.

—¿Por qué entonces? ¿Por la agresión que había sufrido poco antes?

—En parte. Y también por el mensaje.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje? El señor Lukas me habló de un anónimo grotesco, firmado por «Máscara Púrpura». ¿Era eso?

—No, no era eso.

—¿Entonces...?

Colby se inclinó. Rebuscó en sus papeles. De una carpeta extrajo la cartulina ocre. La tendió al hombre del F.B.I.

—Lea —dijo—. ¿Entiende ahora?

Glenn asintió. Entendía muy bien. Dejó la cartulina sobre la mesa. Estudió en silencio a Colby durante unos instantes. Luego, preguntó con calma:

—¿Pensaba pagar usted?

—No. Ni Webb tampoco.

—¿Webb? ¿Quién es?

Se lo explicó. Asintió Glenn, anotando algo.

—Tengo que hablar con él más tarde —explicó—. Quiero conocer la impresión de cuantos se hallaban presentes en el momento del crimen.

—Webb no estaba entonces, señor Glenn.

—¿No? ¿Por qué?

—No acostumbra a hacerlo. Siempre tiene algo que hacer, diseñando «sets», mobiliarios, decoración...

—Entiendo. ¿No le vio usted en todo el tiempo?

—No. Antes del ensayo general hablé con él. Había recibido otro mensaje como éste, con la «Mano Negra» siciliana. Estábamos decididos los dos a no pagar un centavo a los «gangsters».

—Sí, ya veo.

—Luego, cuando iba a empezar la emisión, le vi ir hacia los almacenes de material. Ya no volví a verle hasta que mataron a Fraser y nos reunimos todos, atraídos por sus disparos, señor Glenn...

—¿Por qué un programa en pleno éxito se retira de programación?
—indagó de repente Glenn.

Colby se sobresaltó. No esperaba la pregunta. Abrió los ojos, tragó saliva, miró a Glenn con malestar, y se limitó a responder, un poco agrio:

—No sé. No es cosa mía, sino del patrocinador. Tal vez no lo juzgó tan bien como nosotros y el público. A veces ocurren cosas así.

—Está bien, señor Colby. Ya nos veremos...

Glenn salió del camerino del guionista de la XKW. Ya en el corredor, se detuvo un momento. Hundió la mano en el bolsillo. Extrajo la agenda que había recogido poco antes de encima del cadáver de Fraser.

Estudió la página donde su colega escribiera, sin más comentarios: «¿David Colby y Lynn Abner, secretaria de Arnold y, tal vez, su amiguita...?»

Sonrió en silencio. Se alejó, guardando la agenda. Su mente continuaba trabajando. Pero sabía que aún tendría que trabajar mucho para llegar al oscuro fondo de aquel asunto. El mundo raro, oscuro y tortuoso de la televisión, no le facilitaba en nada la tarea de avanzar hacia algo concreto y positivo.

Pero Glenn se había prometido firmemente algo a lo que estaba dispuesto a llegar, a costa de lo que fuese: el descubrimiento del asesino de su camarada. Fuese de la «Mafia» o no, iba a por él. Se lo jugaría todo en el empeño. Incluso la propia vida, si era preciso.

Capítulo X

WARREN Connolly hizo un cansado encogimiento de hombros. Habló lenta, penosamente:

—No sé... No sé nada, señor... Lo juro.

—Pero usted no mató a Steve Fraser.

—Cielos, no... Claro que no—rechazó Connolly, como escandalizado.

—Pero escapaba a mis requerimientos, cuando le sorprendí oculto en aquel «set» desierto...

—Sí.

—¿Qué hacía allí oculto?

—Tenía miedo, señor Glenn. Miedo, «¿entiende?» —No. Miedo, ¿a qué? ¿A quién?

—A morir, señor Glenn...

—«¿Morir?» ¿Usted?

—Yo. Me había amenazado. De muerte...

—¿Quién?

—El otro. Mi «doble».

—¿Vio usted a su «doble»?

—Como a usted le veo ahora—suspiró Connolly—. No tengo espíritu de héroe, lo confieso. Ni me siento fuerte para luchar contra un hombre tan endiabladamente ágil y fuerte como aquél...

—Connolly, vayamos por partes—cortó fríamente Glenn, inclinándose hacia su detenido—. Refiera los hechos. Por orden, y sin aturdirse. Nadie va a hacerle nada. Y si logra ayudarnos a hallar la verdad, demostrará mejor que de ninguna otra forma que es realmente inocente y nada tuvo que ver en ese estúpido crimen. Adelante, por favor. Le escucho.

Warren Connolly hizo una pausa. El actor se impuso en el relato. Pero a veces, los reflejos de inquietud, de sobresalto o nerviosismo en el fondo de sus pupilas, denunciaban al hombre que no se está limitando a referir un papel teatral, sino algo mucho más trascendente para él y para los demás:

—Señor Glenn, acababa de terminar mi penúltima escena en el programa final de «Crimen de 8 a 9», cuando sucedió aquello. Yo, a veces, bebo algo, ¿sabe? Lo tenemos prohibido por el señor Fowlder y por el señor Lukas, durante las representaciones en directo, para evitar

problemas y errores. Pero mi corazón no es muy fuerte, y a veces necesito el estimulante de un buen trago. Acostumbro a ocultar mi botella de licor en un «set» inmediato, en un rincón donde nadie pueda descubrirlo fácilmente...

—Siga—invitó Glenn, al observar que el actor hacía una pausa demasiado larga.

—Hice, como siempre, mi viaje breve a la botella escondida. Tomé el trago. Entonces, me aferraron por el cuello. Una voz me susurró, poniendo ante mis ojos uno de esos horribles dardos que yo mismo utilizo en la escena. Lo clavó virtualmente sobre mi máscara, a la altura del entrecejo. Y susurró algo así como: «Ven conmigo voluntariamente, Connolly, o te mato aquí mismo.»

—¿Le llamó por su nombre?

—Sí, seguro.

—¿No reconoció la voz?

—Imposible. Esas máscaras la disimulan mucho. Además, la fingía, hablando en un extraño murmullo. Me dejé arrastrar en silencio, a través de dos o tres «sets» en sombras. El enmascarado parecía conocer muy bien todos los rincones, porque me llevó hasta la puerta que comunica con el inmediato estudio, casi oscuro, como recordará, y sin hacer ruido, sin tropezar con nada, me dejó donde usted me halló más tarde. Cuando yo iba a preguntar qué sucedía y por qué todo aquello, el otro «Máscara Púrpura» me hizo girar, hasta que le contemplé borrosamente muy de cerca, y me dijo algo así como:

«Ahora, Connolly, recuerda que cualquier error que cometas, cualquier cosa que intentes para perjudicar mis planes, significará tu muerte... Te habla el auténtico, el único, el verdadero «Máscara Púrpura» de carne y hueso. El asesino de verdad, imbécil...» Soltó una carcajada extraña, me golpeó de pronto brutalmente... y no recuerdo más.

—¿Ahí terminó todo, Connolly?

—Casi todo. Estaba aturdido, recuperándome del golpe, empezando a despertar, no sé cuánto tiempo después, aunque no podía ser mucho, cuando usted apareció. Tuve miedo, huí... Sus gritos y disparos me aterrorizaron más. No sabía qué hacer...

Hubo un silencio. El actor parecía haber terminado su relato. Glenn insistió:

—¿Ningún otro indicio que aclare las cosas? ¿Nada especial, nada concreto? Piénselo bien, recuerde, trate de hilvanar algo que pueda serme útil...

—Nada —suspiró Connolly, desalentado—. Puede creermelo o no. Yo no maté a Fraser. No tenía sentido que lo hiciera. No soy de la Mafia. No soy un asesino ni soy un demente. Hasta hoy, creí que todo ese maldito

enredo del enmascarado asesino, era un truco publicitario de la emisora, de Colby, de «Ajax» o de cualquier otra persona o entidad...

—¿Y hoy? ¿Qué es lo que cree hoy, Connolly?

—No sé... No sé... —se frotó la cabeza, las sienes, como aturdido por demasiadas cosas—. Sólo sé, señor Glenn, que mataron a un compañero.

—Era algo más que un actor. Era un agente del Gobierno.

—Sí, he oído eso. Pero para mí, era otro actor, un compañero. Lo hacía bien. Pobre Fraser... Merecía haber sido actor de verdad. Créame, Glenn. Si capturan al que me suplantó, asesinando a Fraser, dígame qué clase de rata asquerosa es. Una cosa hubiera sido montar un tinglado publicitario para llamar la atención del público, o para que Colby continuara su programa..., y otra muy distinta es esto. Un crimen... —se estremeció—. Un crimen, ante miles de espectadores... Es horrible.

—Sí, es horrible —aceptó Glenn, ceñudo. Miró a Connolly fijamente. Indagó luego—. Una última pregunta, amigo, si se siente capaz de responderla.

—Sí, haga las que sea... Todos debemos ayudarle.

—Gracias. ¿Por qué cree que el programa se termina, a pesar de su éxito comercial? La emisora y Colby parecen muy decepcionados por ello...

El viejo actor volvió a su ambiente de modo brusco. A la picara malicia teatral, al chismorreo profesional. Se inclinó. Guiñó un ojo a Glenn.

—Faldas, amigo... —susurró—. ¡Y qué faldas!

—¿Faldas?

—Una hembra terriblemente hermosa... Colby está loco por ella. Y me parece que a ella le gusta el muchacho.

—¿Quién es la dama?

—Lynn Abner.

—Oí hablar de ella. Es la secretaria de Barry J. Arnold.

—¿Secretaria? —Connolly dejó escapar una risita sarcástica—. ¡Cielos, y qué clase de secretaria! Si usted les hubiera visto besarse en el automóvil, mirarse... El tipo ese de los millones está loco por su secretaria. Es su amiguita. Colby cometió un error al fijarse en ella. Y lo paga. Arnold es vengativo. Y celoso, claro.

—Claro. Ahora entiendo. El manda en «Ajax».

—Sí, eso parece. Su palabra es ley. De buen grado, hundiría para siempre a Colby.

—Sí, lo entiendo... Gracias, Connolly. Es todo cuanto quería saber...

Glenn se puso en pie. Fue hacia la puerta. Antes se volvió aún, miró al actor y dijo:

—Se me olvidaba... Está usted libre de momento.

—¡Cielos, señor Glenn!.. Gracias...

—No se ausente de Los Angeles sin avisarme... —arrugó el ceño el joven federal—. Por cierto, ¿sabe usted quién puede ser el recaudador de la Mafia en los estudios de la «XKW»?

—No, no tengo la menor idea.

—Pero usted... ¿paga a la Mafia por trabajar?

—Como todos —suspiró Connolly, hastiado.

—Ya. ¿En qué forma entrega el dinero?

Los ojos de Connolly reflejaron cierta inquietud. Miró en torno, como si la celda de la Oficina Federal de Los Angeles pudiera tener mafiosos escondidos en los muebles metálicos.

—Podrían matarme si hablo... —expuso, medroso.

—Claro. Pero impediremos que eso ocurra. Nadie sabrá si fue usted u otro el que habló.

—Siempre depositamos nuestra cuota en la sexta maceta de la azotea del estudio, la que asoma a Wilhire Boulevard. De allí la recoge el recaudador. Ninguno hemos intentado nunca saber quién es, señor Glenn...

—Sí, entiendo —meditó el federal—. Connolly, no olvide ir mañana por la emisora. A causa de lo de hoy, se ha aplazado el pago de nóminas. Pero será mañana. ¿Va a depositar su cuota allí?

—Claro. Como siempre... No quiero represalias, y menos ahora.

Glenn no comentó nada. Abandonó la celda.

Poco después, Connolly salía en libertad momentánea, sin cargos contra él. A corta distancia, un agente federal le siguió con cautela.

Entre tanto, Glenn hablaba con su jefe, el inspector Grahame:

—No sé si el segundo «Máscara Púrpura» será de la Mafia o no. Pero de cualquier modo, vamos a tender mañana una trampa al enlace de los «gangsters» en la «XKW»... Si es solamente un mafioso sin otra culpabilidad que la de su delito, seguiré adelante, en busca del segundo pájaro, el asesino de Fraser.

—Tenga cuidado, Glenn. No me gustaría que la pasión le hiciera cometer un error. Es evidente que el culpable, quienquiera que sea, no es un estúpido. Y, además, no da demasiada importancia a una vida humana...

—Eso es cierto, inspector. Bien cierto...

Capítulo XI

VICTOR Glenn? No entiendo...

—Agente federal. F.B.I., señorita...

La hermosa pelirroja sufrió un sobresalto. Se quedó contemplando a Glenn como el que se enfrenta a un fantasma.

—¿Qué..., qué desea de mí? —murmuró, insegura, la voz melosa de Lynn Abner.

—Información.

—¿Sobre qué? No entiendo qué tiene que ver conmigo la Policía...

—Hábleme de David Colby.

—¡Cielos! —muy pálida, miró alrededor, al suntuoso apartamento—. ¿Col... Colby? No sé de qué me habla.

—Miente muy mal. Sabe bien de quién le hablo. ¿Fue a verle usted anoche, al estudio de televisión?

La palidez repentina de la joven fue más reveladora que una respuesta afirmativa. Pareció sobrecogida de la capacidad de deducción del federal. Le miró, asustada.

—Por..., por Dios, no hable de eso. No. Si lo supiera Arnold...

—Fue allá, ¿verdad?

—Sí...

—¿Entró en el edificio?

—Sí, sí...

—¿Vio a Colby?

—Le vi...

—¿Cuándo?

—Durante..., durante su emisión: «Máscara Púrpura».

—¿Vio el asesinato?

—Oh, no... —tembló ostensiblemente—. Oí los gritos, el revuelo... David me hizo huir por una puerta posterior del edificio, una salida de servicio que él conoce, al comprender que la Policía me sorprendería allí... ¿Va usted..., va usted a referírselo a... Arnold?

—No puedo saberlo aún.

—¡Dios mío!

—Ayúdeme, y la ayudaré.

—¿Qué..., qué quiere saber? —tembló ella.

—Fue su conserje quien me informó de que usted salió anoche a las ocho de su casa. Y volvió a las nueve y media. Imaginé adónde iba. Ahora le voy a hacer una pregunta. ¿Cree usted que Barry J. Arnold es tan tonto que no sospechara una cita con Colby, justo a la hora del programa televisado, y no la hiciera seguir por alguno de sus hombres, si es que no se ocupó el mismo de la tarea?

—Cielos... —la cara de Lynn tomó un color ceniciento. Miró con vivo terror a Glenn—. ¿Cree usted posible que...?

—No sé nada. Trabajo sobre simples deducciones. Pero él es celoso, y odia a Colby. Sabe que usted siente predilección por ese guionista. Y ayer era el último programa. He indagado en diversos sitios, y nadie vio a Barry J. Arnold anoche, entre las ocho y las nueve, en parte alguna. ¿Dónde cree que pudo estar?

—Dios mío...

—Señorita Abner, deje de lamentarse. Ya sabía a lo que se estaba exponiendo con ese juego. Usted causó el final de la aventura televisiva de Colby. Usted es la única que puede decirme dónde estuvo Colby anoche, para no asistir al final de su guión. No es posible que él estuviera ausente de la escena final, sólo por nervios. Sabía que usted iría, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Dónde se reunieron?

—En un «set» desierto... Teníamos que vernos a solas...,

—Comprendo. Ante un jurado, su testimonio valdría poco.

—¿Qué?

—Usted ama a Colby, es evidente. Arnold y un fiscal tan implacable como él, la destruirían fácilmente en el estrado. ¿Se ha dado cuenta de que podrían culpar a Colby del asesinato de anoche con gran facilidad?

—No, no. ¿Cómo sería eso posible? Colby no hizo nada. Estaba conmigo, lo juro...

—¿Y Arnold? ¿Dónde estaba entretanto?

—No lo sé... —se estremeció. Luego, de repente, surgió en sus ojos una luz más animosa y declaró con energía—: Pero de cualquier modo, señor Glenn, creo que se equivoca. Barry no puede sospechar nada... No sabe nada de lo de anoche, podría jurarlo.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque hoy me ha dicho que el programa va a continuar en antena en la «XKW» —declaró triunfalmente Lynn.

—¿Qué? —saltó Glenn, con ímpetu.

—El suceso de anoche es penoso, pero Arnold dice que será un impacto mundial, y el programa va a ser un triunfo absoluto otra vez, quizá mayor que nunca. Va a avisar a la emisora de que el programa siga. Y con David Colby de guionista... ¿Se da cuenta de su error, señor

federal?

Víctor Glenn negó lenta, gravemente.

—No. Me doy cuenta de su error, señorita Abner...

—¿Cómo?

—Para que un hombre como Arnold cambie súbitamente de modo de pensar y conceda esa oportunidad a Colby, hace falta más que un asesinato y más que un gran negocio. Sencillamente, él sabe que ahora, volviendo Colby a la palestra gracias al crimen de anoche y su repercusión, él tiene todos los triunfos en su mano... para hundir a Colby y llevarlo a la cámara de gas.

Se encaminó Glenn a la puerta y cerró de golpe, secamente. Lynn Abner, una vez a solas, sepultó el rostro entre ambas manos crispadas y rompió en amargo llanto...

Capítulo XII

ES preciso. Encuentra al asesino.

—¿Y...?

—Y mávalo. O entrégalo a los federales.

—Sí, entiendo.

El hombre de los ojos helados fumó en silencio en su boquilla de plata. Miró al hombre de cráneo pelado y gafas oscuras. Entre ambos, en el confortable, lujoso salón, parecía existir una fácil corriente de mutuo entendimiento, que les hacía proferir las menos palabras posibles, para llegar a una conclusión mutua y correcta.

—¿Es un estorbo para los planes?

—Total.

—Al principio creí...

—Creíste mal. Hubiera sido estúpido matarle.

—Pero era un federal.

—Ya lo sé. Lo sabía, mejor dicho.

—Aun así, no resolviste nada para...

—No era preciso. No sabía nada. Ni iba a saber nada, estando enterados nosotros de que era uno del F.B.I, y no un actor. Nuestro enlace no cometería errores. Sería una estupidez.

—Sí, debí pensarlo cuando se me ocurrió la idea.

—Pero alguien pensó por nosotros y liquidó al federal. Eso ha irritado a los federales. Basta pisar a una avispa que zumba junto al avispero, para que todas salgan y te acribillen a picotazos. Es lo que pasa con los agentes del Gobierno. El F.B.I, tiene fuerza. No quiero líos. Ya hubo bastante con esa estúpida periodista, la Adams...

—¿Es perjudicial que hablara de ello sin pruebas?

—No, no es perjudicial. Pero sí lo ha sido al morir Fraser. Eso basta para que el F.B.I. llegue a una conclusión elemental: Fraser iba tras la Mafia. La Mafia, pues, lo eliminó.

—Sí; cualquiera pensaría lo mismo...

—Cualquiera, en efecto. No interesa que sigan cargándonos el mochuelo. Descubre al asesino. Elimínalo. Pero que la Policía Federal sepa que era el asesino, y nosotros no, tuvimos nada que ver, ¿entendido?

—Entendido...

El hombre de ojos de hielo sonrió. Continuó fumando, con aire glacial. El tipo de la cabeza rapada, brillante como una bola de billar, y negras gafas que velaban sus ojos, se puso en pie.

El acuerdo estaba tomado. La Mafia había tomado partido en la cuestión.

Todavía, antes de salir el hombre de las gafas negras, pronunció unas palabras:

—¿Y ahora? ¿Se recogen las cuotas?

—Sí. Como siempre.

—El F.B.I. puede vigilar, puede sorprender a nuestro enlace...

—Sería lamentable. Pero hay que correr el riesgo. Dile que obre como de costumbre. Pero con mucha cautela. Ese Glenn que se hizo cargo del caso, es un mozo avisado. Ya ha resuelto algunos asuntos durante su carrera, pese a lo joven que es.

—Se lo diré, sí.

—Otra cosa—alzó una mano manicurada, sensible, muy blanca y pulcra, el hombre de ojos de hielo.

—¿Sí...?

—Por si acaso, busca un rehén.

—¿Un... qué?

—Un rehén. Por si nuestro enlace cae en una trampa. Podremos canjearle por el rehén.

—Entendido. ¿Alguien en particular?

—Sí. Esa chica, la periodista... Rapta a Connie

Adams. Si cae nuestro enlace, ella morirá. Es todo. Dilo así al F.B.I.

—Bien. ¿Alguna idea sobre el asesino que nos ha metido en este lío?

—Mis agentes han indagado por ahí. Hubo dos «Máscaras Purpura» en el estudio anoche. Dos. Una, era Connolly. Otra... vistió esa ropa sólo por un instante. Averigua quién. Aunque es posible que lo descubras buscando a la persona que pudo fabricar ese atavío... y a la persona que tuviera interés en que tal cosa sucediera.

Los dos hombres se miraron. Una vez más, una corriente de muda inteligencia se extendió entre ambos.

—Sí... Ya sé.

La charla había terminado.

El asesino de la máscara purpúrea iba a tener ahora dos enemigos particularmente difíciles, luchando contra él con igual entusiasmo: Glenn, por el F.B.I. Y la poderosa, siniestra, oscura Mafia...

Todo parecía normal en la emisora.

Como si la noche antes no hubiera muerto un hombre, asesinado ante millares de televidentes.

Como si todo continuara igual que antes. O mejor.

La noticia de la continuación del programa, había corrido como, reguero de pólvora. Glenn, asqueado, observaba que nadie, en apariencia, parecía muy dolido o preocupado por la muerte del agente amigo, del entrañable camarada Fraser, sacrificado en el cumplimiento de su deber. Ahora, sólo contaba el interés común: seguía en antena el infecto programa, las aventuras del siniestro asesino preferido por el público. Resultaba monstruoso.

—Es como si entre todos hubiesen matado a Fraser —fue el agrio comentario de Víctor Glenn, apartándose de los grupos de actores y técnicos que comentaban, radiantes, la buena nueva del retorno del programa de 8 a 9, patrocinado por Arnold y su empresa de alimenticios.

Connie Adams le miró larga, fijamente. No sonrió. No dijo nada. Su aire un poco hostil hacia Glenn se suavizó por un momento. Expresó, a media voz:

—¿Qué esperaba encontrar en la TV? ¿Humanidad?

—Supongo que era demasiada ingenuidad por mi parte, ¿no?

—Por supuesto. Aquí todo va en función del trabajo, el sueldo, la carrera, el prestigio, la popularidad... —Connie hizo un gesto—. Eso es este mundo. Como el cine, o como el teatro. Quizá peor aún.

—¿Y a usted le gusta este mundo?

—Vivo de él —ella le miró abiertamente, de nuevo con hostilidad—. ¿Le gusta acaso su mundo, el de policías, archivos, informes, expedientes, criminales, prisioneros, interrogatorios y ejecuciones?

—Es otra cosa. Es un mundo duro y difícil, pero con ello logramos que otro mundo, el de la sociedad honesta, viva en paz, en orden. Aquí, sólo se producen un puñado de programas, las más de las veces deprimente o inmorales, por todo resultado de tanta bajeza.

—No voy a discutir con usted de todo ello. En realidad, ni siquiera debería hablarle.

—¿Por qué?

—Me llamó estúpida, ¿recuerda? Sólo porque dije la verdad en mi periódico... ¿Qué opina ahora? ¿No tuve razón al exponer las lacras de la Mafia, que ustedes no saben siquiera combatir? Ellos destruyeron a su entrañable camarada...

—Aún no está probado eso.

—¿Qué? ¿Que no fue la Mafia? ¿Quién, entonces?

—Me gustaría poder contestar a su pregunta.

—Mañana puede echar una ojeada a mi periódico. Verá lo que digo

de la Mafia y de ustedes, los que deben salvaguardar nuestras vidas. Le va a gustar.

—No eche más leña al fuego. Cualquiera día, un «gángster» hará enmudecer su columna.

—¿Cómo? —le desafió Connie, agresiva.

—Del único modo que conozco: sellando sus labios a tiros—sentenció fríamente Glenn, alejándose de ella desabridamente.

—Seguro...—sonó la risa burlona de ella a sus espaldas—. Y usted, el heroico policía, vendrá a rescatarme, como un héroe..., pero llegará tarde. Igual que ocurre siempre en la realidad, ¿no es cierto, señor federal?

Glenn no sé dignó contestarla, y ella volvió a soltar una carcajada insultante.

El agente del F.B.I, llegó hasta donde Fowler se hallaba rodeado de un excitado grupo de artistas. Glenn pasó por su lado. El realizador corrió en pos de él.

—Espere, señor Glenn —habló—. Sé lo que está pensando. No tenemos alma, ¿verdad?

—Usted lo dijo, yo no.

—Pero lo piensa.

—Francamente, sí—se quedó mirándole de hito en hito—. ¿No tengo razón?

—Total. Pero así es esto. Ya olvidaron todo. Tienen trabajo todo el año. Eso les basta.

—Sí, la nómina... Hermoso espíritu —dijo con sarcasmo el federal—. Por cierto, ¿cobraron ya?

—No, aún no —sonrió Fowler—. Ahora van a caja. Es decir, vamos todos... Increíble lo de Arnold, ¿eh? Continuar el programa... Parece un sueño.

—Una pesadilla —refunfuñó Glenn—. Ese programa da náuseas...

En aquel momento, un empleado se acercó a Glenn. Le anunció:

—Le llaman, señor. Oficina Federal.

—Gracias... —miró a Fowler—. ¿Me disculpa?

—Claro. Vaya a su llamada. Me gustaría saber, sin embargo, lo que espera usted esta noche aquí... ¿Me lo dirá luego?

—Se lo diré, sí. Quizá ahora, en cuanto hable por teléfono. Era esa llamada la que esperaba.

—¿La llamada?

—Exacto. En ella me dirán qué clase de persona vistió ese traje anoche, el del segundo «Máscara Púrpura»... y sabremos quién mató a Fraser.

Dejó estupefacto a Fowler, alejándose con rápido paso. Junto a él,

habló con tono preocupado David Colby:

—¿Qué dijo el federal?

—Que va a saber pronto quién mató a Fraser... —Fowlder se encogió de hombros—. Creo que espera milagros...

El realizador se alejó. Colby quedó solo. Caminó hacia donde estaba Connie Adams. Ambos se detuvieron en el corredor inmediato a los «sets». La periodista le miró fijamente, esperando que él hablase.

—¿No va a hacerme preguntas, señorita Adams? —habló Colby.

—¿Por qué habría de hacerlas? ¿Tiene algo que decirme?

—Es posible que sí. Vuelvo a ser David Colby, el guionista. El programa va a ser más importante aún. Han subido las tarifas de publicidad, el patrocinador nos pagará más por cada programa...

—Todo, gracias a un asesinato público-sentenció ella, glacial.

—Sí —Colby la miró, sombrío—. ¿Se da cuenta? Es lo que pensarán todos ahora.

—¿Y qué?

—Sé que van a acusarme a mí. Todos me acusarán. Dirán que yo fingí esa farsa, e incluso maté a un hombre por seguir adelante.

—¡Qué tontería!

—No es una tontería —Colby la miró fijamente—. ¿Sabe una cosa, señorita Adams? Hace poco... yo adquirí ese traje. El de «Máscara Púrpura». Yo lo hice preparar para mí...

—¿Qué? —pestañeó ella.

—He comprobado que falta de mis pertenencias. Alguien entró en mi vivienda y me lo quitó. Pero nadie va a creerlo. Lo iba a utilizar en la fiesta de fin de año. Entonces creía que el programa seguiría sin dificultades. Cuando investiguen, vendrán a por mí... y ni siquiera tengo una coartada para el momento del crimen.

—¿No estaba en el estudio?

—Sí, pero... —meneó la cabeza, sombrío—. Nadie me vio. Eso es lo peor. Nadie me vio... Y mi único testigo no tendría ningún valor. Además, entonces perdería definitivamente mi gran oportunidad: el programa de 8 a 9...

Sorprendido, Colby observó que Connie Adams dilataba mucho sus ojos, mirando fijamente atrás, a un punto a espaldas del guionista, con expresión de inquietud, sin atinar a pronunciar palabra.

David Colby se volvió, preocupado.

Encontróse con dos armas de fuego. Dos automáticas provistas de silenciador, en manos de dos hombres de aspecto hermético, rígido, casi automático.

—¿Qué significa...? —jadeó Colby.

—Ni una palabra. Ni un grito. Nos acompañarán a la calle. Sin

proferir una sola protesta, sin intentar huir, o firmarán su sentencia de muerte —avisó uno de los «gangsters».

—¿Por qué? —gimió Connie, realmente aterrorizada, lívido su rostro.

—No hay explicaciones. En marcha. Recuerden que el arma irá en nuestro bolsillo, pegada a sus costados. Y al menor movimiento sospechoso, haremos fuego.

Colby suspiró, mirando con terror a la joven. Ambos emprendieron la marcha. Y sus raptos detrás.

Abandonaron el edificio. Llegaron abajo, a un amplio, poderoso automóvil oscuro. Les hicieron entrar de un firme empujón.

—Vamos —habló uno de ellos al conductor—. Ya los tenemos. El rehén es la muchacha. El otro, David Colby..., es el asesino.

Capítulo XIII

CUANDO Glenn volvió del teléfono, había una curiosa tensión en el estudio. Se hizo el silencio. Se detuvieron todos los comentarios. El agente federal se plantó en la puerta. Miró a todos, uno por uno.

Warren Connolly, Derek Fowler, Werner Lukas, Sigrid Hasse, Barry J. Arnold, director-propietario de «Ajax», con su «secretaria», Lynn Abner... Y Robert Webb y otros técnicos, allá al fondo.

—¿Ya se lo ha dicho a todos, Fowler? —indagó Víctor Glenn gravemente.

—Sí... —el realizador tragó saliva—. ¿Sabe..., sabe usted ya... quién mató a Fraser?

—Sé quién era el segundo enmascarado, el que apartó a Connolly de escena —fue la helada respuesta de Glenn.

Hubo un instintivo movimiento de inquietud en los presentes.

—¿Cómo..., cómo pudo saberlo? —preguntó alguien.

Glenn se echó a reír huecamente.

—Laboratorios—dijo, tajante.

—¿Laboratorios? —gruñó Barry J. Arnold—. ¿Qué quiere decir eso?

—Análisis de tejidos, sudor, cabellos y todo eso. Unido a los datos adquiridos en la búsqueda del dueño del traje y todo lo demás, nos han dado un culpable.

—¿Quién? —sonó tensa la voz de Fowler.

—¡Ahora lo sabrán...—comenzó a avanzar Glenn por en medio de la sala, hacia el amplio grupo.

—Cielos, nos tiene sobre ascuas —comentó frívolamente Sigrid Hasse—. ¿Cree que esto es un film de intriga, federal?

—No. Esto no es una película. Es la realidad. Aquí, los que mueren son seres humanos, de carne y hueso —les miró, despectivo—. Es lo peor. En un mundo de monigotes, de farsantes y de muñecos de cristal, asomados a una pantalla fluorescente en cada casa, murió un ser humano, un hombre que lo arriesgaba todo por el bien común, por la Ley y el Orden. Eso es lo lamentable, lo penoso, lo imperdonable de todos ustedes...

—¿A quién acusa? ¿A todos? —se engalló Connolly.

—No—buscó a alguien con la mirada—. ¿Y Colby? ¿Dónde está su brillante guionista?

—Colby...—masculló Arnold, triunfal—. Sabía que era él. Tenía que ser él...

Glenn se detuvo ante el millonario. Le contempló con desprecio evidente.

—El, David Colby, encargó ese traje de asesino enmascarado, es cierto—explicó.

—¡Dios mío!..—se oyó musitar a Lynn, muy pálida.

—Pero no significa que él viniera aquí con ese atavío—siguió Glenn—. Lo guardó para una fiesta. Lo probó una sola vez y lo guardó. Se ha comprobado eso. Luego, alguien lo vistió recientemente; Alguien que tiene un cabello muy especial, un sudor determinado, un peculiar olor a colonia. Una colonia poco común: «Aromas de la Colina», de Acme Cosmetics. Una colonia costosa, ¿verdad, señor Arnold?

—¿Eh? —el rostro del millonario se tornó gris. Retrocedió—. ¿Me acusa a mí, federal?

—Sí. Le acuso a usted venir aquí con ese disfraz. De forzar al señor Connolly a abandonar la escena...

—¡Barry! — chilló con horror Lynn, apartándose de él.

—Pero, desde luego, no le acuso tampoco de matar a Fraser—cortó fríamente Glenn—. Usted vino solamente para espiar a su «secretaria», con un disfraz que le haría pasar inadvertido a ojos de Colby... y alguien se aprovechó de ello muy oportunamente.

—Eso no tiene sentido...—arguyó Connolly, perplejo—. El me atacó y...

—¡Yo no le ataqué! —aulló Arnold—. ¡No ataqué a nadie, no vine a hacer violencias, sino a espiar!..

—¡Miente, señor Glenn! —gimió Connolly—. ¡Me pegó, me llevó lejos del «set», ya se lo dije! Fue él..., él con su horrible disfraz...

—Sí, Connolly—suspiró Víctor Glenn, mirándole extrañamente—. Fue él, con su horrible disfraz. Usted Je vio... y concibió su plan maestro. Estaba entonces lo bastante drogado para sentirse fuerte, ágil, bajo el «dopping» a que se somete al trabajar. No bebe, Connolly: se droga. Y parece más activo, más joven, más elástico. Usted —concibió el plan. Y lo llevó a cabo. Así MATO USTED A FRASER, WARREN CONNOLLY...

* * *

El actor no protestó. No gritó. No trató de huir.

En vez de ello, empezó a sollozar, se humedecieron sus ojos, corrieron las lágrimas por sus mejillas lívidas. Empezó a arrugarse, como si fuese un pelele cada vez más flácido:

—Yo..., yo fui, sí... Todo estaba medido para despertar el interés de

la gente, para que esto siguiera adelante... Yo era el único..., el único que necesitaba trabajar, seguir adelante con «Máscara Púrpura»... o sería mi fin. Como actor, como hombre... Si no gano lo bastante, ¿cómo voy a seguir tomando drogas, cómo voy a seguir siendo el actor Warren Connolly?.. Usted lo entiende, Glenn... ¿Verdad que lo entiende? Yo..., yo sabía que ese Fraser era buen actor. ¿Por qué..., por qué no quitarlo de en medio, evitar que me suplantase, que fuera un día «Máscara Púrpura», y yo me muriese en un rincón, olvidado de todos y en la miseria? No sabía, Glenn..., no podía saber que fuese... un policía..., un federal... Usted me entiende, ¿verdad? Me entiende... Me entiende...

Hubo un profundo silencio. Lentamente, fueron apartándose todos, contemplándole con infinito horror, con asombro sin límites...

Connolly, el actor viejo, el hombre que había matado por conservar un simple papel ante las cámaras, seguía allí sollozando, encogido, patético, deshecho, apenas un ser humano.

—Pobre infeliz...—se horrorizó Glenn, estremecido—. Es..., es como si sólo hubiera creado en la vida un personaje ficticio... y se hubiera fundido al final con él: su personaje preferido, su «Máscara Púrpura»... hasta el fin. Dios mío. Y por esa estupidez, por esa desquiciada locura..., tuvo que morir Fraser...

—Pero..., pero Connolly no sabía que el programa iba a suspenderse... y ya había recibido Colby un anónimo—señaló gravemente Arnold—. Y ya había sido agredido por aquel dardo con un penacho. ¿Qué motivos podía tener ya entonces Connolly para eso? Comprendo que atacase a Mitzy, para crear la propaganda de terror necesaria y permitir así que el programa continuase... Pero a Colby...

Glenn explicó eso con calma:

—En cuanto a Colby, creo sinceramente que también Connolly lo hizo, por una razón muy sencilla: en modo alguno trató de matar al creador del personaje que interpretaba, porque para él, eso sería como matar a la gallina de los huevos de oro, y ya hemos visto que estaba haciendo todo lo contrario. Cree que Connolly había captado algún rumor fuera de la emisora, algún informe confidencial sobre la firma «Ajax», y buscó un golpe de efecto seguro, para disuadirles de tal cosa. Entonces, virtualmente, nació «Máscara Púrpura» como ser de carne y hueso y, ante el primer fracaso, Connolly no se arredró. Una vez confirmada la suspensión del programa, continuó adelante con su idea, complicándose cada vez más en un asunto criminal inexorable...

Ahora, todo parecía estar ya claro. Connolly no replicó nada a las palabras de Glenn.

Se hizo un silencio profundo en el recinto.

Muy despacio, Glenn se apartó de Connolly también. Fue hacia la terraza, donde poco antes habían ido saliendo todos, uno a uno, en tanto

él recibía por teléfono el informe revelador del laboratorio.

Luego, contempló la sexta maceta de la derecha. Vio la tierra removida. Sonrió. Volvió al interior y dijo escuetamente, mirando a todos los demás:

—Y ahora, el factor final. El enlace de la Mafia en esta emisora. Será mejor que se entregue. Sé que lleva el dinero de las cuotas y dije a varios de los presentes que tomaran los números de los billetes depositados en el macetón. Voy a practicar un registro total a todos...

Nadie se movió. Nadie dio un paso atrás, al clavar él la mirada en cada uno. Nadie... con una excepción.

Una sola.

Glenn sonrió dura, fríamente. Avanzó hacia la persona en movimiento.

—Es inútil que lo haga, señor Webb—habló al técnico de «atrezzo»—. Sabía ya que era usted el recaudador... porque ha sido el único a quien le fue posible siempre recoger esos fondos y ocultarlos. Y porque siempre que Colby hallaba algún mensaje de la Mafia en su camerino... usted estaba allí como por casualidad. A dejar el mensaje, ¿verdad, Webb?

Lívido, el técnico de «atrezzo» se encogió, mirando furiosamente a Glenn. Su instintivo gesto, al tocar a la altura de su cintura, fue suficiente. Hizo un gesto el federal. Dos hombres cayeron sobre él: Fowler y Lukas. Alzaron sus ropas, en dura pugna.

Apareció un cinturón ancho, hueco. Dentro, billetes de Banco...

—¡No logrará nada! —rugió Webb, descompuesto, llameantes sus ojos, fijos en el agente del F.B.I.—. ¡Nada, Glenn! ¡Tendrá que soltarme... o mis camaradas matarán a su amiga Connie Adams, la periodista!..

—Ah, sí... Es el rehén de los «gangsters», ¿verdad?

—¡Sí! ¡Está en poder de la Mafia, Glenn!

—Lo suponía...—rió entre dientes el federal.

Miró a la entrada del estudio. También los demás. Y Webb...

Allí estaban Colby y Connie Adams. Sanos y salvos, aunque con el terror aún reflejado en sus rostros.

Junto a ellos, los «gangsters» secuestrados, escoltados por un grupo de policías de paisano. Agentes todos de la Oficina Federal.

—Fue fácil, Glenn—explicó uno—. Todo lo hicieron como preveías. Les cogimos en la esquina inmediata...

Colby sonrió, agradecido. Webb juró entre dientes, soezmente, y fue llevado fuera, junto con el destrozado Connolly, entre los agentes del F.B.I, recién llegados.

Connie Adams, lentamente, avanzó hasta Víctor Glenn. Ambos jóvenes se miraron, sonriendo.

Ella apoyó una mano en el brazo de Glenn.

—Gracias—susurró—. ¿Podrá perdonarme alguna vez, Glenn?

—Está perdonada.

—Cometí muchos errores, ahora lo sé. Usted tenía razón.

—Claro. Hablaba la experiencia. Temía por usted.

—¿De veras? ¿Por mí?

—Naturalmente. Es una buena periodista. No debía perderse así, fácilmente.

—¿Sólo... por eso? —pareció desencantada ella.

—Bueno, también es joven... Tiene una vida por delante.

—¿Es todo?

—Y es..., es muy bonita.

—Gracias...

—Es la verdad. No debía pasar peligros. Por eso establecí una estrecha vigilancia en torno a usted y a Colby, que sería el principal sospechoso para la Mafia... Imaginé lo que ellos harían, si no pagaron al asesino de Fraser. Y lo hicieron.

—Gracias otra vez. Al final, como los héroes de películas, salvó mi vida, Glenn...

—Sí. Como en el cine, todo acaba bien—rió el federal—. Sólo falta un detalle.

—¿Cuál?

—El beso, y la palabra «fin».

—¿El beso? —ella entornó los ojos. Adelantó sus labios—. Adelante...

—Eso está bien. Ahora, el beso final. Y una pregunta: ¿va a cenar conmigo?

—Será un placer, Glenn...

—También para mí. Es usted la periodista más bonita que jamás vi...

La besó.

En realidad, ahora sí era el fin.

F I N

AGENTE FEDERAL

"LOS FEDS."

símbolo

de la

LEY

contra

el crimen.



Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Amaro García, 17 • Madrid-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

NOTAS

1 Auténtico. El «gangsterismo» laboral en Estados Unidos es una triste herencia de los pasados tiempos de esplendor del «racket». Hoy en día, el F.B.I, lucha denodadamente contra ese terrible cáncer, denunciado ya incluso por el Presidente Kennedy, del crimen organizado, de las comisiones delictivas, dentro de tantas profesiones, oficios e industrias del país. Mucho de lo que aquí se cita es rigurosamente cierto.

2 Célebres «chismosas» de Hollywood. Periodistas del mundo del cine, y ambas mujeres mayores, de edad madura y conocida agudeza en el comentario, especialmente cuando de criticar las costumbres y vida de los artistas se trata. (N. del A.)

3 Es sabido que el comediógrafo italiano Luigi Pirandello era muy dado a mezclar en sus obras la realidad y la ficción, dando a sus personajes una especie de dimensión propia, de criaturas rebeladas contra su propio autor. (N. del A.)